

OCIOS POETICOS

DEL CANARIO

D. NICOLAS DE SAAVEDRA.

EN ASIA.

OCIOS POETICOS

DEL CANARIO

D. NICOLAS DE SAAVEDRA

EN ASIA.

86-1 (46.851)

III

OCYOS POETICOS

DEL CANARIO

D. NICOLAS DE SAAVEDRA

EN ASIA.



*Publicalos en Santa Cruz de Tenerife
Capital de las Canarias,*

su hermaneno

D. TELESFORO SAAVEDRA.

1855.

SANTA CRUZ DE TENERIFE.

Imprenta y Librería de la Viuda é hijos de

D. VICENTE BONNET.

OTROS TITULOS

DEL CANARIO

D. NICHOLAS DE SAAVEDRA

EN ASIA.

su reproducción



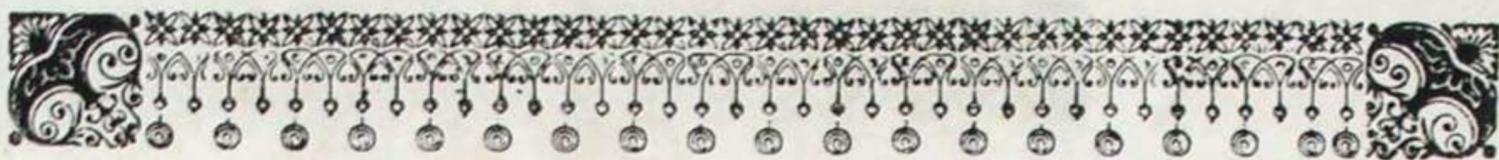
Publicadas en Santa Cruz de Tenerife
Oficina de las Artes

de comercio

D. FELIPE DE SAAVEDRA

1855.

SANTA CRUZ DE TENERIFE.
Imprenta y Librería de la Viuda é hijos de
D. VICENTE BONNET.



PROLOGO DEL AUTOR.



Ni un vano deseo de lucir, ni menos el de pasar por autor, me mueve hoy á que mis débiles composiciones poéticas vean la luz pública. Hijas de mi afición à las Musas, y hechas en diversas épocas de mi vida, mas para pasatiempo y consuelo de mis adversidades, que para figurar como dignas de la prensa, no hubieran jamás salido de mis legajos si no lo hubiera exigido el cariño de un hermano, que se encarga hoy de su publicación, sabedor de otras, que se han publicado en los periódicos de esta Capital, á petición de algunos amigos. Yo se las remito con la advertencia muy cierta, de que adolecen de falta de lima; porque para esto me faltan y han faltado casi siempre dos cosas esenciales, *tiempo y paciencia*.

Con estos títulos acuden à la indulgencia del público, en tanto que á mi la satisfaccion, que me redunda el publicarlas, es que van á ver la mayor parte de ellas la luz del mundo literario en la afortunada tierra, donde me fué dado nacer, en la fértil y deliciosa Tenerife, Patria de ingenios y varones esclarecidos, honor de España y orgullo de Canarias. Manila 3 de Setiembre de mil ochocientos cincuenta y cinco.

Nicolás de Saavedra
Ruíz de la Rosa.



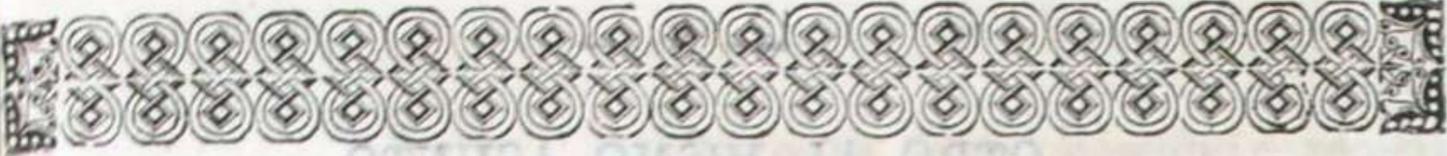
Prohibida su reproducción en...

PROLOGO DEL AUTOR.

Si un vano deseo de hacer, ni menos el de pasar por au-
tor, me mueve hoy á que mis débiles composiciones poéticas
vean la luz pública: Hejas de mi atencion á las Musas, y hechas
en diversas épocas de mi vida, mas para pasatiempo y consuelo
de mis adversidades, que para figurar como dignas de la pren-
sa, no hubieran jamas salido de mis fogajos si no lo hubiera
exigido el cariño de un hermano, que se encarga hoy de su pu-
blicacion, sabedor de otras, que se han publicado en los perío-
dicos de esta Capital, á petición de algunos amigos. Yo se las
tomito con la advertencia muy cierta, de que adolecen de falta
de lima; porque para esto me faltan y han faltado casi siempre
dos cosas esenciales, tiempo y paciencia.

Con estos titulos acuden á la indulgencia del público, en tan-
to que á mi la satisfaccion, que me rebuanda el publicarlas, es
que van á ver la mayor parte de ellas la luz del mundo literario
en la atropada tierra, donde me he dado á hacer, en la fértil y
deliciosa Tenerife. Llama de ingenios y varones esclarecidos,
honor de España y ornato de Canarias. Manila 3 de Setiembre
de mil ochocientos cincuenta y cinco.

Alcaldes de San Juan
Juan de la Cruz



LA ROSA DE DORILA.

SONETO.

Mas bella que las que Venus recogia
Una rosa lozana me enviaste,
Y en eila Dorila recordaste
Cosas ¡ay! que olvidar jamàs podia:
De frágil vida la imágen me traia
Tu Rosa, dulce bien, á la memoria:
Amèla como tuya: fué mi gloria,
Y al volver á mirarla, no existia:
Mustia ¡ay infeliz cual desfallece!
¡Cual se apagan, Dorila; sus colores!
A la vida en un todo se parece,
Y quien sabe, tal vez, si á tus amores!
Mas yo creo que tu fé nunca perece;
Porque no es tu querer como las flores.

1829

EPITAFIO PARA UN AVARO.

Consigo nada llevó:
Sus manes aquí reposan:
Con su dinero se gozan
Parientes que nunca amó:
Para otros se afaná;
Con tan sediente codicia;
Que entre pleitos y justicia
Su tesoro naufragó.

OTRO AL MISMO ASUNTO.

Toda su vida pasó
Miserable y con dinero:
Aqui yace un majadero,
Que la riqueza adoró.

OTRO.

Aunque rico, vivió pobre
Yace aqui bajo esta losa,
Una furia codiciosa
De oro, plata, fierro y cobre.

1829.

RETRATO DE UNA VIEJA.

Setenta abriles contaba,
Y tantas carnes tenia
Que una momia parecia,
Por lo seca que se hallaba:
Nariz con barba juntaba:
Era horrible si reia:
Si se enfadaba era arpía
Y una vision si lloraba.

OTRO.

Un siglo á cuestras llevaba:
Tres mil arrugas tenia:
Su mocedad celebraba
Y la nuestra maldecia.

1829.

EL ANIVERSARIO

DEL 2 DE MAYO EN MADRID.

¿Ves como al Prado silenciosos vuelan,
Madrid, tus hijos en aqueste dia?

¿Ves como tristes descubrir recelan
Sangrientas huellas de traicion impia?
Sobre esas tumbas vencedores velan
El patrio amor, la ibèrica idalguia
Y de ínclito valor haciendo alarde
Las sombras de Daois y de Velarde.

1834.



*Recitada por la Srita. Potenciana Goicochea,
en el Real Colegio de Sta. Potenciana de Manila.*

Al Excmo. Sr.

DON LUIS LARDIZABAL Y MONTOYA

GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE ESTAS ISLAS FILIPINAS,
*el dia 11 de Febrero de 1839 en que S. E. como vice-
patrono regio. se dignó visitar aquel establecimiento.*

Cuando España Señora
De las naciones era,
Y á su poder sumisos
El mar miró y la tierra,
No por las armas solo
Subió á tamaña alteza;
Las ciencias y las artes,
En pos de sus banderas,
Las ilustraron mucho
Dejándonos, como ellas,
Insignes monumentos
Que el tiempo aun venera:
Sus hijos belicosos
A la par que estendieran,
Con hechos inmortales,
Su nombre y sus proezas,
En Europa, en África,
En la aurífera tierra,

Que el célebre Colon
Osado descubriera,
Y aquí donde Legaspi
Las iberas enseñas
A cien pueblos diversos
Mostró la vez primera;
De su valor dejaban,
Y de su ciencia muestras,
En templos, en palacios,
En cátedras, escuelas,
En ricos hospitales,
En casas de clemencia,
Este edificio mismo,
Do la horfandad se alberga.
Este piadoso asilo,
Que hoy vuestra Eclesencia
Se digna visitar,
En honra y dicha nuestra;
Dasmariñas ilustre,
Con órdenes supremas,
Fundóle, apenas hubo
Pisado aquesta tierra,
Y del régio mandato
La egecucion entera
Con fondos garantiza,
Que afianzan su existencia.
Aquellos que la Patria
Destina á su defensa,
En tan remotos climas,
Aquí, Señor, en esta
Cristiana fundacion
Seguro albergue encuentran,
Si mueren, do dejar
Sus tiernas pequeñuelas,
Sus hijas huerfanitas
De su querer las prendas.
Aquí se les educa,
Aquí se les consuela,
Y viven venturosas
En amistad fraterna.
Cuando el infante alado
De la Ciprina Dea,

En busca de Himeneo
 Hacia el empireo vuela;
 Aquí en el ara santa
 Aroma suave humea
 Con la nupcial antorcha,
 Que sacra ley conserva.
 De tanto bien, Cristina,
 Al daros de esta tierra
 El mando, os dió la guarda,
 La paternal tutela.
 Protegedle, Señor,
 Y de Luzonia bella,
 Que en paz habeis hallado,
 En paz dulce y serena.
 La industria fomentad
 Las artes y las ciencias:
 Es mi patria: es de España
 Una joya, una perla,
 Este pais hermoso,
 Que el Sol, cuando se eleva
 Del seno de los mares,
 Con luz naciente orea:
 Es mi patria y mi labio,
 Señor, la recomienda
 Humilde á vuestro amparò,
 Y noble gentileza:
 Su situacion feliz
 De China hacia las puertas,
 Bañada por dos mares
 De una estencion inmensa,
 Entre dos ricos mundos,
 Con ventaja interpuesta,
 La está llamando á ser
 De las colonias reina.
 Mil caudalosos rios
 Sus anchos valles riegan;
 Alguno entre sus ondas,
 Arenas de oro lleva.
 En sus feraces campos
 La rubia mies ondea,
 Que Ceres acaricia
 En grata primavera:

Los frutos esquisitos
Del trópico, que anhela
Europa infatigable
En invencion y ciencia;
Aquí se dán preciosos,
Y sin mayores penas
El suelo fértil brinda
Al hombre su riqueza.
Hacedla prosperar
Porque estas islas sean,
Sin duda lo mejor
Que España heróica tenga,
Y en lazos eternals
De union la mas estrecha,
Su pabellon glorioso
Nos guie y nos proteja.

EL PERRO.

¡O fiel compañero,
Amigo probado,
Mi perro querido,
Mi guarda, mi amparo!
Al verme ¡Que gozo!
¡Que brincos y saltos!
Meneando la cola,
¡Que tiernos alhagos!
Si duermo mi sueño
Tu guardas velando.
Conmigo al momento
Te marchas, si salgo,
Mi voz obedeces,
Y lo que te mando
Veloz egecutas,
Siempre de buen grado.
Si acaso te riño,
Desprecio ó maltrato,
Te vas; pero vuelves
Mi rostro observando,
Y no sin temores
Me lames la mano.

Si yo me sonrío,
Si afable te llamo,
De rencor escento,
De gozo escaltado
Prorrumpes de nuevo
En fiestas y alhagos
Eres el emblema,
Trasunto y dechado
De lo humilde y fiel.
Por eso no en vano
De armas en escudos
Te vemos ufano,
Entre mil blasones,
Figurar bizarro.
¡Ay! Si: de elogiarte,
Perro, no me canso.
Tus razas recorro,
Y en toditas hallo
Nobles cualidades,
Que admiro y alabo.
Allá en Terranova
Tu arrostras nadando
Las olas soberbias
Del mar contrastado,
Por salvar al hombre,
Que tal vez ingrato
Con un mal te paga
Servicio tan alto.
De Suiza los montes,
De yelos ornados,
Te ven presuroso,
En siniestros casos,
Ir por los viajeros,
Que se han extraviado;
Salvarles la vida,
Y con gran trabajo
Llevarlos ¿adonde?
Al hospitalario
Convento piadoso
Del Gran San Bernardo,
En la fría zona
Del antiguo helado,

O en Kanchaka, perro,
Te miro tirando
Del leve trinéo,
Por llevar tus amos
Sobre el terio yelo
Sin peligro y sanos.
Tu del cazador
Eres el amparo,
Y afanoso corres
La vega y el llano,
La colina; el monte
Los bosques, el prado,
Ora tras el ciervo,
Ora en pos del gamo:
Aquí de la liebre
Persiguiendo el rastro:
Allá del conejo
La huella marcando;
Ya la codornis,
Gracias á tu olfato,
Es del cazador
La presa, el encanto.
Y apesar de todo,
De servicios tantos;
¿Que te dan à veces?
¡O huesos, ó palos!

1840

LAS DOS TORTOLITAS.

¿Ves allá en un ramo
De aquel tamarindo
Coposo, elevado,
Las dos tortolitas,
Que estan arrullando?
Del amor emblema,
Del amor ¡Que cuadro!
Ved cual se acarician,
Ved como lanzando
Los picos, se juran
Querer el mas grato.
¡Pobres avecillas,

Que con pecho incauto
No lejos del nido,
Con tiernos alhagos,
Haceis venturosos
Vuestros leves años!
Cazader oculto
Procura ¡tirano!
Robaros la vida
Del amor en brazos.
El tiro ya acesta.
Detente ¡inhumano!
En vano le grito:
Señales en vano
Le hago: no mira:
No me oye ¡Villano!
Mortífero el plomo
Partióse, y volando
El cándido pecho
Les ha traspasado.
Al punto los cuellos,
Tristes inclinando,
Sin vida caeis
De patria en el campo.
Ni un ¡ay! ni un suspiro
Lanzar os dejaron
A vuestros hijuelos,
Al nido adorado.
¡Pobres pequeñuelos
En que desamparo
Huerfanitos quedan
Sin vuestros alhagos!

1840

AL TIEMPO.

Zumbadoras sus alas agita,
Los instantes cruel devorando,
Ese tiempo fugaz, que volando
Solo deja destrozos y horror.
¡Ay! sus garras de buitre voraces

No perdonan la humilde cabaña,
Y se ceba rabiosa su zaña
En imperios de grande esplendor.

Sobre ruinas sonriendo implacable
Se sacude la barba canosa,
Y terrible su pluma nos glosa
Grave historia de llanto y pavor.

Si alagueño un instante se muestra
En la cuna, en el lecho nupcial;
En la tumba, con ceño fatál,
Se complace en los llantos de amor.

De los siglos la dura cadena
En su diestra retiene confiado:
Mira el mundo á sus plantas postrado,
Y no aplaca su adusto rigor.

1840.

**A LA SRITA. D.^a CLARA SALAZAR
EN EL DIA DE SU SANTO.**

SONETO.

¿Ves como amor sus flechas te dispara,
Ninfa Luzonia de sonrisa bella?
¿Ves que de amor la refulgente Estrella
No es como tú tan divinal y clara?
El rubio sol, que en su nacer compara
Entre mil perlas de tu pie la huella,
Oye de Venus la locuaz querella,
Y en ti un echizo vencedor repara:
Alzase entonces á cerulea cumbre,
El mar dejando, que tu patria baña:
Vierte torrentes de preciosa lumbre,
Y vé que á Cintia su beldad le engaña,
Si el astro Rey de fúlgida techumbre
De clara estrella el esplendor no empaña.

1840.

La Linda niña y el Poeta.

¡Ay ven y no tardes!
¡O picaroncilla!
¿Me niegas un beso?
¿Tu mi labio esquivas?
¿Te acuerdas que ayer
Linda me decias
» Dame muchos dulces
» Yo te haré caricias?
Pues ya tu interés
El mío lo mima.
Confites te traigo.
Pero en las megillas
Cien besos y ciento
Me darás amiga.

Los dos hermanitos en el Campo.

(BAJO UN ÁRBOL FRONDOSO.)

Tiernas criaturas,
Preciosas y lindas.
Que el paterno amor
Dichoso acaricia,
Como dos pichones,
Que su madre mima,
Sois de la inocencia
La imagen mas viva,
El Cielo que os guarde:
Si: Si: que bendiga
Vuestros corazones
Ecsentos de envidia.
Venid: acercaos:
Dejad que yo imprima
Mi amor no mentido
En vuestras megillas.
¡Dichosos vosotros
Para quienes giran
Serenas las horas,
Colmadas de dicha!

EL FALDERILLO.

De Elisa preciosa,
Cuyos ojos negros
Alaba y codicia
El que llega à verlos,
¡O tu falderillo,
Mimado en extremo,
Blanco como armiño,
Lindo y pequenuelo!
¡Dichoso pues gozas
Del amor supremo
De tanta hermosura,
De tanto embeleso;
Tu siempre en sus faldas
Feliz y contento,
Por una monada
Consigues mil besos;
A mi si. me arrimo;
Acaso con celos
Ladras ¡picaron!
Sin duda creyendo
Que voy à llevarme
De Elisa un cabello,
O que à hurtadillas,
Cauteloso intento
Dejar en sus labios
De un suspiro el sello,
No temas, no, no,
Ni tornes inquieto
Los ojos à Elisa,
Caricias haciendo.
Meneando el rabito,
Su rostro alhagueño
Lamer procurando,
Y con mil extremos
Pagar sus caricias,
Y donis faldero
Yo sé que si duerme,
Tu guardas su sueño,
Y que sí despierta,

Los brazos tendiendo,
Te coge y te chilla,
Te colma de besos,
Te llama precioso,
Su amor, su consuelo,
¡Dichoso perrito,
Tu suerte apetezco;
Es decir, de Elisa
El amor, los besos!

A UNA LAGARTIJA
*que en el bufete del autor morando, venia por las
noches á hacerle compañía en la cena.*

¡Pobre lagartija,
Lindo animalejo,
Que siempre te escondes
Tras de mi tintero!
No te asustes, no:
Tu vida protejo,
Ya que tu me pides
Tu parco alimento:
Ya que mis vigalias
Presides, atentos
Tus ojos á Nuñez,
Al numen, los versos.
Coge los mosquitos;
Engullelos presto:
Sube la pared:
Corre por el techo,
Y vuelvete aprisa
Que el ruido ya siento
De tazas, de platos,
Cuchara y cubiertos.
Ven, ven, amiguita,
Que llega el sustento:
Corre á tu lugar,
Y cual compañeros
Comeremos juntos,
Sin pena y sin miedo.

La Zagala del Pasig,

Rio que nace en la laguna de Bay en la isla de Luzon y vá á salir á la bahia de Manila, bañando los muros de dicha Ciudad

¡Ceñidas las sienes
De jazmín y rosas,
Por estas riberas
Zagala à tal hora!
No vez que ya el sol
La sierra trasmonta,
Donde Mariveles,
Con su verde pompa,
Monarca se ostenta
Por aquella costa,
Que dà entrada al puerto
Con estrecha boca?
Detente un instante:
Del poeta toma
La lira, y su canto,
Morenita, entona.
¡Ay bella zagala,
La flor de estos campos,
Carmin tus megillas,
Tu cuello alabastro,
Tus ojos luceros,
Tu faz un encanto!
Modesta me miras,
En tanto que te hablo,
La lira desprecias,
Desprecias el canto,
Y yo de tu hechizo,
Morena, prendado
Por una sonrisa
Te diera, no envano,
Letrillas.....un ciento.
Con cien mil alhagos.
Mas ella à mis voces
Sorda como un mármol,
Velóz como el viento

Húyose, dejando
La lira, el poeta,
Las flores y el canto.

EL BRINDIS Á LA MERIENDA

EN EL CAMPO.

Debajo de aquel árbol
De ramas tan frondosas,
Donde las avesillas
Sus cantares entonan,
Merendemos, amigos,
Y entre brindis y bromas
A Baco y al Amor
Libemos nuestras copas.
Del dulce moscatel
Gratisimo á la boca,
Un brándis que reserve
Cada cual á su novia,
Y luego nos iremos
En coche ó en canoa.
Que el ir con nuestros pies
Seria triste cosa,

LA VIDA DEL POBRE POETA

NUÑEZ DE LA ROSA.

Lecciones aquí,
Lecciones allá;
Entrar y salir;
Mas nunca parar,

¡O que diversion!
¡Que lindo soláz!
¡Muchachos traviosos!
¡Ni un dia de paz!

¡Cuanto berrenchin!
¡Continuo explicar!
¡A veces perdiendo!
¡La paciencia ó mas!

Mas vale vivir
En triste lugar,
Debajo una choza,
Cual pobre gañan.

Vosotros ¡O Musas!
Remedio me dad,
Y versos, que endulcen
Mi suerte fatal.

La vieja en el espejo.

O Dios y que tristes años!
Ay de mis pasados dias!
O tiempo como devoras
Mármoles, imperios, vidas!
Ayer tan lozana y fresca,
Tan alba la tez y lisa,
Tan negro el cabello hermoso,
Que hoy la blanca nieve imita;
Ajil robusta y alegre,
Gentil airosa y erguida;
Pero hoy tan corbada y fea,
La barba y nartz unidas,
Con mas arrugas que nuez,
Y con la boca sumida;
Lagrimosos estos ojos
Con que mil almas rendia;
Torpes los pies que volaban,
Gangosa la voz divina,
Atormentada de zelos,
Impertinente, atrevida,
Regañona con la nuera,
Y de los nietos cobija,
Sin que puedan los afeites,

Vermellon y pomadilla.
Rejuvenecer el rostro,
Y dejarme como niña.
Víctima de sus tormentos
Así una vieja decía,
Entró un murciélago en esto:
Se asusta medrosa; y grita,
Bota el espejo y lo rompe,
La casa alborota y chilla;
Mas la turba pueril llega:
Busca el ave, me la pilla,
La magulla y la apalea,
La chamusca, mata y pincha;
Pero la vieja se asombra,
Y teme aun que esté viva.

A LA AURORA.

Con guirnaldas de rosas ceñida
Ven aurora de candida frente:
Ven de perlas sembrando el oriente;
Ven el carro guiando del Sol:

Ven las puertas abriéndole al día,
Mientras tiembla el rocío en las flores;
Que al lucir tus primeros albores
Todo es gracia, contento, y amor.

Tu venida las aves celebran
En sus cantos, con dulce gorgceo,
A tu vista descende Himeneo,
Que el amante felice invocó.

Desde el hombre al insecto mas chico,
Con tu luz todo el orbe se anima;
Es tu aliento un alhago, que mima
Cuantos seres la noche cubrió.

LA OFERTA.

A ti preciosa, que amor alhaga,
Las perlas finas del hondo mar:
A ti las flores que Mayo cria:
A ti las frutas que el prado dá.

A ti las brindo, que tu mereces
Perlas y flores, tesoros mas:
A ti las cedo; porque tu eres
De estas riveras linda sin par.

Y en trueque solo grata sonrisa:
Solo un alhago dulce me dad:
Todo mi anhelo será colmado,
Si me es propicia tu voluntad.

CANCIÓN

á la muerte del **Presbítero D. Mariano Romero**,
natural de la Gran-Canaria, una de las siete Islas de este nombre, fallecido en 1844
en su patria, á donde regresó de la Península, en la que habia servido de
Capellan, ya en las tropas del General Mina, ya en en otros Cuerpos
del Ejército Español.

¡Murió! ¡murió Romero,
El vate celebrado
Del Teide, que nevado
Le vió á sus pies nacer!
¡A y de la Parca fiera,
Que recio el golpe ha sido!
¡Tan jóven, tan querido
Un bardo fallecer!

Ya oculta loza fria
Del vate los despojos,
Del Genio, cuyos ojos

Yo ví negros brillar.
Sedienta muerte impía,
¿Porqué no perdonaste
Sus días, y dejaste
Su lira aun vibrar?

Su lira ebúrnea y fina,
Su lira que sonora,
Con gracia encantadora,
Sabia embelezar,
Y en la margen benigna
Del Betis caudaloso,
Con canto numeroso,
Los vientos acallar.

Las musas á su acento,
En su pimpleso coro,
De Apolo el arpa de oro,
Creyeron escuchar.

Su voz el aura suave,
Al hondo valle dando,
Cual ruiseñor trinando
La hacia resonar.

De Bética las bellas
Oyendo sus canciones,
Sus nobles corazones
Sintieron palpitar.

En sus blandas querellas,
Cantando al niño alado,
Cual Píndaro inflamado,
El vuelo le ví alzar.

Los sabios, los guerreros
Su númen celebraba,
Su númen, que enseñaba
La virtud á adorar.

Á los tiranos fieros
Su lira detestando,
La libertad cantando;
Por ella fuè á lidiar.

España no lo ignora:
El Ebro, el Manzanares
Oyeron sus cantares
De Patria en el altar,
Y Canaria le llora
Inconsolable, triste,
Y de duelo se viste
En su dolor sin par.

¡O Patria idolatrada,
Inunda tus mejillas,
Que el Pasy (*) en sus orillas
Me vé también llorar;
La frente coronada
De fúnebres cipreces,
Del Hado los reveses
Su triunfo al coronar!

Mariano, dulce amigo,
¿Te acuerdas cuando un día
Contigo yo solía
Mi númen ensayar?
¿Te acuerdas que al abrigo
De un álamo frondoso
Tu verso numeroso
Me dabas á imitar?

Mi canto ya es preciso
Que á mi dolor sucumba.
¿Quién sabe si la tumba
Dó yaces podré hallar?
¿Quién sabe si deshizo
Un huracán airado
El monumento alzado
Tu nombre á eternizar?

¡Oh no consienta el Cielo
Tamaña desventura:
Tu pobre sepultura

(*) Pasy, rio de Luzon, que besa los muros de Manila.

Me deje visitar!
Si: si, porque yo anhelo,
Romero, en esa loza,
Dó tu polvo reposa
Las musas invocar;

Y à nuestra patria dando
Mi canto, como prenda
De amor, filial su horrenda
Desgracia lamentar.
Canaria suspirando
Tu humilde tumba mira:
Sobre ella con tu lira
Repita mi cantar.

¡Cruel destino
Bárbara suerte,
Solo la muerte
Pudo triunfar:
¡Vate divino,
Hijo adorado!
¡Cuan desgraciado
Hasta espirar!

Tu voz sonora
Ya no resuena,
Mi acerba pena,
¡Cómo calmar!!
Tu madre llora;
Mas sin consuelo:
Su prenda el cielo
Quiso llevar;

Pero en la cumbre
Del Teide cano,
Hijo, mi mano
Corre à grabar,
Porque relumbre,
No porque asombre,
Siglos tu nombre
Dulce al sonar.

SONETO

AL VOLCAN DE ALBAY,

visto desde su falda en Marzo de 1845.

Alzase al cielo tu elevada cumbre
De cónica figura muy graciosa,
Bien árida, parduzca, azas rugosa,
Bella frente de enorme pesadumbre.
Rios de lava en coruscante lumbre
Por cabellera tienes espantosa,
Cuando bramas airado, y alterosa
Oscila conmovida tu techumbre.
De verdura en la falda rico manto
Tu adusta magestad sublime adorna
¡En escena variada agreste encanto!
Albay con varios pueblos te contorna:
En sus ruinas recuerdo yo su llanto
Y en las tuyas el fuego, que te exorna.

A LA DESPEDIDA DE BELISA.

A la luna, que clara alumbraba,
Sobre grupos de nubes luciendo,
Estos versos me estabas pidiendo,
Que à mi oumen inspira el amor.

Y la luna su carro elevando
Al zenit magestuosa y serena,
Contemplaba callada la pena,
Que afligia al leal amador,

Cuando tu pronunciando un ¡à Dios!
Que à la ausencia cruel le condena,
Distes colmo fatal à su pena,
Aumentando su acerbo dolor.

Y sulcando del Pasig las ondas
En veloz elegante barquilla,
Te alejaste por fin de esta orilla
De lozano y perpetuo verdor.

Vuelve pues, y no tardes, à verla:
Torna pronto à gozar de su encanto,
Y en tu lira repite entretanto
Estos ayes de un fiel trovador.

1846.

EL CANTO DEL PESCADOR.

Es mi hacienda mi barquilla;
Pues no tengo otro caudal,
Que la pesca en esta orilla
De rico profundo mar:

Cuando la aurora sonríe,
Auunciando grato el dia,
Dejo la cabaña mia
Y salgo alegre à pescar.

La fortuna de mi red
A mi familia sustenta:
En paz vive muy contenta
Bajo su rústico hogar.

Sin zozobra ni cuidados
Disfruto tranquilo sueño,
Y con semblante alagüeño
Miro à mis hijos jugar

Tan contentos y tan sanos
Con las redes y la arena,
Sin temores y sin pena,
Orillas de aqueste mar.

Corra osado el mercader
A los climas mas distantes,

Por ganancias abundantes,
Con que vivir y triunfar.

Que yo tengo lo bastante,
Con mi red y mi barquilla,
En las aguas de esta orilla,
Do resuena mi cantar.

Una amante fiel esposa
Endulza todas mis penas,
Si las tengo, y muy serenas
Del vivir mis horas van.

Cuando la calma apacible
El onda voluble enfrena,
En mi barca mi morena
Sale conmigo à pescar;

Mas si ruge fiero el viento,
O amaga dura tormenta,
El pescador no la cuenta
Por compañera en el mar;

Pues si en sus aguas le coge
De aquilon la dura zaña,
Proa vuelve à su cabaña,
Con vela y remo à la par.

Tesoros del opulento,
Con sus pesares no quiero;
Mi pobre suerte prefiero
A su angustiado gozar,

Y cuando la muerte venga
A poner fin à mis dias,
Ya sabrán las redes mias
Mis pobres hijos usar.

1846.



A LA LUNA.

Cuando tu sobre mares y montes
Argentado tu carro levantas
Y tu giro apacible adelantas
De la noche venciendo el horror,
Al Empireo dó Febo radiante
A la tierra de luz inundaba;
Yo los ojos à ti levantaba,
Contemplando tu tívio esplendor;
Esa pálida luz, que serena
En la noche es tan bella y tan grata;
Que rielá en el agua y retrata
Mil objetos con rico primor;
Claridad, que tras negra tormenta
De la noche el piloto codicia
De la Mar, de los campos delicia;
De los bosques encanto mayor;
La que al aura serena las alas
Humedece de fresco rocío,
Que en el prado; en la vega, en el río
Refrigera la planta y la flor;
Ese rayo benigno, que anima
Inspirando comun alegría,
Ese Faro Celeste, que guía
En la senda al cansado pastor.
Y tras tí mi pensar caminando
Al espacio, do giras preciosa,
Como obra sin par prodigiosa
Del divino Supremo hacedor,
Esas manchas que empañan tu rostro
Preguntaba ¿son campos ó mares
Tienes, luna, ciudades ó aduares?
¿Tienes bosques de eterno verdor?
¿Vese en ellos veloz cerbatillo,
O arrullando la tórtola bella,
Llora en blanda, sentida querella,
Su viudez y su nido y su amor?
¿Ese globo sustenta à mortales
Cual nosotros que bella iluminas?
¿O son otros de formas mas finas,

Y de ingenio mas claro y mejor?
Tu distancia, tu diámetro y giro,
Pudo el hombre saber, pero en vano
Ensayara tocar el arcano,
Que le encubre tu forma interior.
Solo Dios que te hizo lo sabe,
Y el mortal, que tu luz ilumina,
En misterios y sombras camina
En zozobras, placer y dolor.

1846.

AMOR MATERNAL.

Cerca de una humilde cuna,
Bien triste y desconsolada,
Con inquieto afan un dia,
Cierta matrona se hallaba.

De sus hermosas pupilas,
Como dos perlas manaban
Lágrimas, ay! del dolor,
Que destrosa las entrañas.

A hermoso infante acaricia:
Con dulce labio le alhaga,
Y por él se pasa en vela
De la noche á la mañana:

Gime, solloza, suspira:
Con dulcedumbre le llama.
Su bien, su amor, su tesoro,
Su consuelo, su esperanza,

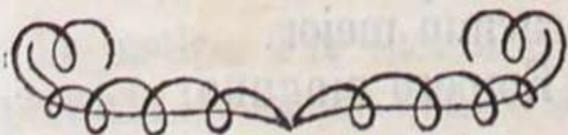
Y con sus lágrimas mismas
A las ternezas mezcladas,
Las infantiles megillas
Del recién nacido baña.

Mira en peligro su vida,
Que una alferesia ataca,
Y ni come, ni sosiega,
Ni de la cuna se aparta.

Ora en sus brazos le toma,
Y con ternara que embarga
El corazon, á su pecho

El doliente niño abraza:
Ora á la cuna le vuelve,
Y en dulce arrullo le canta
Por ver si mal que le aflige
Se adormece ó se le calma;
Apura remedios mil:
Hace al Cielo mil plegarias,
Por la vida de su niño,
Por su prenda idolatrada:
Pero en vano, por que impía
Se acerca libida Parca
Al pequeñuelo y la vida
Prende á su fatal guadaña.
Sobre su cárdeno labio
La matrona el suyo clava,
A ver si su ardiente fuego
Le anima, revive y salva:
Contra su pecho le oprime
Inconsolable, y le baña
Con ráudo llanto aquel rostro,
Que frio mortal elara;
Pero todo en vano, todo
Es inútil. ¡Desdichada!
Que en vez de infante querido,
Un cadáver solo abraza
¿Quién amor tamaño siente?
¿Quién así tanto se afana?
¿Quién con tanta dulcedumbre
Un niño en la cuna alhaga?
¿Quién es esa que zollosa,
Que al Cielo ¡infelice! clama,
Y sin consuelo la triste
Llanto abundoso derrama?
Es una madre, y no hay,
Si el amor de Dios se aparta,
Amor que pueda decirse
Al amor de madre iguala.

1846.



EL BRINDIS EN UNA COMIDA

UN DIA DE CAMPO.

Al brindis, amigos,
Que el dia convida:
Cada uno que pida
Champaña ó licor.

Cerveza espumante,
Jeréz delicioso,
Moscatel precioso
De dulce sabor.

Las copas llenad,
El canto entonemos
En tanto bebemos
A Baco, al amor.

Tambien por la patria
La copa libemos;
Sus glorias cantemos
Del arpa al favor.

Y en fiesta y en bulla
Con coplas sonoras
Que vuelvan las horas
Del fiel trovador.

El campo es ameno,
El rio murmura,
La abeja susurra
Libando la flor.

Favonio sus alas
Tan frescas estiende,
Y el pecho se enciende
Con áura de amor.

¡Al brindis, al brindis
Del campo cantemos
Las flores, que vemos
De tan grato olor.

Guirnaldas hagamos
De láuro y de rosas,
Las mas primorosas,
De carmin mejor.

Empero ninguno

En beber se esceda:
Razon nos lo veda
Que es fuerza mayor.

1846,

AL NACIMIENTO DEL DIVINO REDENTOR.

Al girar de los siglos un dia
De sus alas el tiempo desprende,
Y à la tierra bañado descende
En la luz del mas bello esplendor.

Mil recuerdos de dicha y prodigios
A su aurora en el mundo se hermanan:
Mil recuerdos, que gratos dimanar
De Belen en su noche mejor.

Un pesebre, un infante, una Estrella,
Una virgen, que al niño acaricia:
En los Cielos Hossana y delicia
En la tierra, que ve al Redentor.

Del Oriente los Reyes se humillan
A la cuna dó nace este infante,
Y sobre ella un lucero radiante
Les anuncia el portento mayor.

Ese pobre pesebre, esa cuna,
Ese niño al que aguarda una Cruz,
Van à ser de este mundo la luz,
Que disipe tinieblas de horror.

Al vencerse los tiempos se cumplen
Vaticinios de grande cuantía:
Ese niño à los hombres traia
Rica joya de grande valor.

La justicia à la fuerza reemplaza
Esperanza las almas consuela:

Caridad al alivio ya vuela
Del que jime en acerbo dolor.

Todo el mundo sus faces trastorna:
El error al abismo descende
La verdad bellas alas estiende
De la luz de Belen al favor.

Satanàs en el Baratro ruge
Cual Leon de la Lybia furioso;
Salva al mundo Jesus y glorioso
Vuela al solio de eterno esplendor.

Y sus Dioses pagana creencia
Mira al fin en el polvo pisados,
Y sus templos se ven arruinados
Como inerme y vencido el error.

Sobre Roma la cruz se levanta,
Ese signo que al mundo hà ilustrado,
Con la ley de Jesus, que la ha dado,
Otro ser, otra fé y otro honor.

De Belen el infante cantemos:
Con los siglos se avanza su historia:
Sobre el orbe domina su gloria,
Como lauro de un gran Salvador.

1846.

**A LA CELEBRACION EN MANTLA,
DEL NACIMIENTO DE LA PRINCESA DE ASTURIAS
DOÑA MARIA, ISABEL, CRISTINA, FRANCISCA DE ASIS DE BORBON**

¿Que clamor orilla el Pasig
Con alborozo resuena?
¿Porqué, pues, júbilo tanto,
Y tan primorosas fiestas?
Arcos y carros triunfales

Con alusiones y emblemas,
Zagalas con ricos trages,
Oro, diamantes y perlas,
Músicas mil, que à porfía
Estas riberas atruenan,
Por todas partes se ven
Dentro de Manila y fuera,
Cuyos habitantes todos
Alegrísimos se muestran,
Dando señas y muy claras
De que gustosos celebran
Un gran suceso, sin duda,
Una faustísima nueva,
Que de entusiasmo y de gozo
Sus leales pechos llena;
Esas iluminaciones,
Esos arcos, esas fiestas,
Ese hipódromo, esos fuegos
De pirotécnica ciencia,
Esas músicas y cantos,
Ese gentío, que atesta
Las plazas, calles y campos
De esta poblacion inmensa,
Nos anuncian que en el Asia
Luzonia leal celebra
Un don del cielo, una gracia
De la Omnipotente diestra;
Pues celebra el nacimiento
De la preclara Princesa
De Asturias por quien España
Regocijada se encuentra;
De esa joya inestimable,
De esa niña, de esa prenda,
Que nuestra Reina adorada
Entre sus brazos estrecha
Como á su hija querida,
Y del trono la heredera,
Esperanza de Castilla,
Y de sus pueblos la estrella
Que como un Iris de paz
Brilla en su radiante esfera;
De la borbónica estirpe

Nuevo vástago, que alientan
Soberano amor de madre
Y de una nacion entera
El entusiasmo, el cariño
Y la adhesion mas completa,
Tan ilustre cual ninguna
En el orbe, y tan excelsa,
Que entre sus progenitores
Héroes y santos cuenta

HIMNO.

Si, Manila leal, tu celebras
Esa nueva Isabel de Castilla,
Ese sol esplendente, que brilla
Coronado de gracia al nacer.

CORO.

Jurémosla leales
Amor el mas profundo;
Que en ella mire el mundo
De españa el ángel fiel.

Que el escudo de Dios la proteja
Por su mano divina guiada,
De virtudes que crezca adornada,
De valor de grandeza y saber.

Que cual otra Isabel la primera
Deje al mundo su fama y su gloria,
Y en el templo inmortal de la historia
Rico trono consiga obtener.

1846.

AL RETRATO DE S. M. LA REINA

Nuestra Señora Q. D. G. Doña Isabel 2.^a en su entrada pública en Manila el 19
de Noviembre de 1846.

SONETO.

Si: es ella, la esperanza de Castilla;

De borbónica estirpe Reina amada,
A los climas de Oriente trasladada
En leve tela, donde hermosa brilla,
Por la magia del arte, maravilla
Del pincel de Madrazo dimanada,
Con tal primor que el alma equivocada
La cree original y se le humilla,
Ved de sus ojos el mirar afable,
Que hechizo sin igual enseñoorea:
Ved ese rostro de candor amable,
Donde el carmin con magestad campea.
Solo falta que el regio labio os hable,
Para que el prodigio mas completo sea.

El tormento de la ausencia.

Sobre la margen
Del patrio rio,
De ti apartado,
Dulce bien mio,
Cual desterrado
Vengo á llorar.
Del harpa triste
Hiero las cuerdas,
Finas, Sonoras,
¡Ay! No te acuerdas
De aquellas horas
De aquel gozar?
El onda clara
Va murmurando,
Ya mis cantares
Tristes llevando,
Cual mis pesares,
Rauda al pasar.
Luna esplendente
Brilla en el Cielo;
Céfiro blando
Tiende su vuelo,
Suave alhagando

La tierra, el mar.

Yo te contemplo

Como la Luna,

Que allá en el Cielo

Brilla, y ninguna

Luz de este suelo

Puede igualar.

Por ti suspiro

Desventurado!

Yo que algun dia,

Nice, á tu lado..,

¡Ay arpa mia

No mas sonar!

Allá en el bosque

Susurra el viento:

Aura benigna

Lleva mi acento

Del arpa fina

Suave al pasar.

¿Oyes sus ecos?

¿Ves cual respira

Bien adorado,

Por quien suspira,

De ti apartado,

Quien supo amar?

¿Oyes tu nombre

Como resuena

Del bosque umbroso

En la espesura,

Y allá en la arena

Del hondo mar?

Vuelve á este rio,

Mi bien amado,

Torna á esta orilla,

Dó afortunado

Con, mi barquilla,

Te ví morar.

Sin tí no vivo

Sin ti me muero:

Ven adorado

Bien, que yo quiero:

Ven mis pesares

Pronto á calmar.

Aquí en las ramas
De estos cañales
El arpa dejo,
Que ya mis males
En su armonía
Logro aplacar.

Aquí la cuelgo
Aquí te espero:
Ven no dilates
Dicha, que quiero
Contigo, hermosa,
Feliz cantar.

1847.

LA MARIPOSA.

Al viento despliega
Sus alas doradas,
Bellas, matizadas
De vario color.

Al viento se entrega
Feliz, inconstante,
Voluble y amante,
Como el niño Amor.

El Ether surcando
Lacida y ufana,
Se abate galana
Del campo à la flor.
Su nectar libando
Se place y la deja;
Si de ella se aleja,
Busca otra mejor.

A mil en un dia
Contenta acaricia,
Que de ellas primicia
Recoge su ardor.

Y mayo la envía
Allá en la pradera
La ofrenda primera,

Que vé á su verdor.
Tal la mariposa,
Con alas sutiles,
Goza sus abriles
De febo al calor.
¡Miradla que hermosa
Se ostenta en las flores,
Con varios colores,
De rico esplendor!
Así suele verse
Voluble cupido,
Con carcaz temido,
Fugaz amador.
Y debe temerse,
Su vuelo inconstante,
Que no es tan amante
Cupido traidor.

1847.

AL REGIO ENLACE DE S. M. LA REINA

Doña Isabel 2.^a que celebra hoy la Ca-
pital de las Islas Filipinas.

La densa niebla huyó, que oscurecia
Tu refulgente estrella,
Cuando civil querella,
De Gades á Pirene rebramando,
Corria el ancha tierra,
Facciones convocando,
Con impío furor á cruda guerra.
Que en ayes lastimeros
De belicos murmullos,
Ofreció los primeros
A tu cuna, Isabel, roncos arrullos,
De estrago y ruina ristes mensageros.

Mas tu cuna y tu trono á salvar fieles,

Con pechos denodados,
Lanzáronse esforzados
Mil y miles valientes
Noble prez de Castilla, que laureles
Y palmas dió á sus frentes,
Por premio de victoria;
Que Reina, y trono, y libertad salvando,
Al mundo heróicos hechos, y á la historia
Bellas páginas dando,
Su valor, su memoria
De siglo en siglo irá veloz llevando.

Así cual frágil nave, combatida
De la borrasca fiera,
Tu inapreciable vida
Batel endeble fuera,
Que tormentoso piélagó corria,
Y del ronco huracan en los bramidos
Voces de muerte y de venganza oía;
Voces ¡ay! del furor de los partidos,
Que la discordia impía,
A la lid desastrosa concitando;
De la patria querida el albo seno
Vió crueles desgarrando!

Empero sobre ti propicio el cielo
De escudo impenetrable te cercaba,
Con rico y misterioso fuerte velo,
Que tu vida y tu trono resguardaba
Su mano poderosa al punto enfrena
Del huracan la saña,
Brabío el mar serena,
Las negras nubes al Averno envia,
Y vió luciendo España
Ansiado el claro día,
Que su esperanza llena,
La paz gozando, que anhelado habia.

Cesó el clamor de guerra:
Del aura leve en alas voladoras
Súbito de la tierra

Alzanse al firmamento las sonoras
Canciones de alegría,
Que heróico, vencedor, entusiasmado,
De gozo enagenado,
El triunfo celebrando repetía
El pueblo, que te aclama,
Magnánima nacion, que vencedora
A nuevas glorias llama
El genio, que dos mundos le dió un día.

Tambien aquí del Asia en los confines,
Do la cuna del Sol fúlgido arrullan
Sobre conchas de nácar los delphinés,
Con los zéfiros blandos, que en las flores
Gratos ecos murmullan,
Óyese el resonar de los clarines,
Y bélicos tambores
El aire de su ruido estar llenando:
Voces mil entonando
Cánticos de alegría,
De su Reina adorada el himeneo
Cien pueblos celebrando.

El gozo, que à Manila la enagena
No le esplica tan solo con su canto,
Ni con carros y músicas sonoras,
Que piadosa tambien enjuga el llanto
Del pobre, cuyas horas
De amargura y dolor corrieron llenas,
Serán hoy sin quebranto,
Abundosas fugándose y serenas;
Pues dotes y limosnas generosa
A huérfanas y viudas está dando,
Del regio enlace el alba luminosa
La Perla del oriente celebrando.

Ved como crece y á los cielos sube
Del pié de los altares
De grato incienso la fragante nube,
Que en célicos cantares
Ofrenda à Jehobà piadoso exhibe

El sacerdote Santo,
Dones para Isabela demandando
En su ferviente canto.
¡Vuele, ay, vuele su ruego
Al trono del escelso rutilante,
Y de su amor ardiente el sacro fuego
Anime á su nacion siempre constante.

1847.

AL AUGUSTO ENLACE DE S. M. LA REINA

Nuestra Señora y de su Excelsa hermana la serení-
sima Infanta Doña Luisa Fernanda de Borbon.

No es el eco del bronce, que atruena,
De la lid el estrago anunciando;
No es el ronco clarin convocando
Nueva hueste en Iberia á lidiar.

No es Mavorte iracundo, que blande
En la margen del Ebro su lanza;
No es el grito cruel de venganza,
Aguzando rabiosa el puñal.

No es discordia los odios sembrando,
Y de sangre cubriendo la tierra;
No es impía, civil, atroz guerra,
Con sus males y triste horfandad;

Esas voces, que allá en Manzanares
Se han oido, con júbilo tanto,
No son ayes de duelo, ni llanto,
Son los ecos de ansiado cantar.

Son estrofas del himno, que España
A su Reina querida entonaba,
Cuando bella y modesta marchaba
De Himeneo anhelando al altar.

Son el canto de Paz y bonanza,
Que en las gradas del trono retumba:
Son el fallo que dice ¡sucumba:
Quien pretenda discordia escitar!

Son los ruegos, que suben al cielo,
Entre salvas y vivas y flores,
Implorando sus gratos favores
Para el trono, la patria, el altar.

¡Oh bendiga el enlace anhelado
De la Reina, que adora Castilla,
De ese sol refulgente, que brilla
Como un iris de dicha y de paz!

Y su amparo conceda à la hermana,
Que la sigue en su augusto himeneo,
Coronando por fin su deseo
De la Iberia la Francia à la par.

Y el gran pueblo, que viera dos mundos
A su cetro glorioso obedientes,
Torne à ver sus banderas potentes,
Triunfadoras por tierra y por mar.

Este voto, que suena, del Ebro,
A la margen del Betis florido:

Es el que oigo tambien repetido
En las ondas del Pasig sonar:

Pues los hijos del Asia, que cubre
Isabel con su escudo y su manto,
Hoy repiten gozosos el canto,
Que entonára Castilla leal.

1847.

Epístola á Nicide.

Con que se casa tu amiga,
Y segun por ahí se habla
El novio ya tiene prontos
Sirvientes, muebles y casa.
Enhorabuena; me alegro:
Es honesta y linda dama,
Jóven, humilde y de genio,
Que su belleza realza
El es honrado, bien quisto
Caballero, y no le falta,
Con que sostener decente

El estado, á que se lanza:
Yo lo sé por un amigo,
Que posee su confianza,
Y lo del enlace es cosa
Tan general, que ya pasa
De sabida y muy sabida
En este rincón del Asia,
Donde un casamiento ocupa
Hasta las gentes, estrañas,
A los mismos contrayentes,
A su parentela y casa.
Con un aire de interés,
Que si consigo llevàra
Dote, ó joyas á la novia,
Tanto en fin no me estrañàra;
Pero nadie dà un ardite;
Todos del asunto charlan,
Habiendo quien hasta dice
El tiempo que hace se aman
Los novios, y los regalos,
Que uno al otro se mandan;
Si han corrido los papeles,
Si alguna cosa les falta,
Si lleva dote y á cuanto
Asciende en oro ó en plata.
¡Vaya un flujo de inquirir
Jesus y como se charla!
A veces sin que uno piense
En dar al yugo la amada
Libre cerviz, ya le casan:
Y lo afirman, lo aseguran
Como si la interesada
Parte, fueran ellos mismos,
A quienes no toca nada.
Esta mania, este flujo,
Y el ver como se le encara
Cualquiera á uno diciendo
¿Y cuando V. se nos casa?
Es cosa muy singular,
Y tanto que sin confianza,
Para la tal preguntita,
Quien la costumbre no falta.

Si esto pasa entre los hombres,
Entre mugeres ;No es nada!
Santa Bárbara bendita!
¡Que comentarios! Que parla
De un noviazgo, un casamiento
Un año antes que se haga!
Ni lo que los mismos novios
Decir siquiera pensáran
Lo suponen, lo atribuyen,
Lo divulgan, lo propalan,
Pero indulgencia merecen,
En cierto modo las damas,
Porque amores é himeneos
Son su anhelo y su esperanza.
Son su ambicion natural,
Y á lo que están destinadas
Principalmente, se entiende
En esta triste morada.
Mas esta murmuracion
A veces de forma cambia,
Y su límite inocente,
Con osadia, traspasa,
Porque se sube á mayores,
Y al honor impune ataca,
Haciéndole grave mella
Con la lengua y amansalva:
No solamente de novios
Y de sus queridas damas,
Sino del hombre en sí mismo,
De su oficio, de su casa,
De si cumple mal ó bien
Con su deber, de si guarda,
Si atesora, si disipa,
Si adolece de tal falta,
Y sin datos, sin certeza,
Como quien no dice nada,
Se le zahiere, y le dan
Tremendas tijeretadas;
Ya por vicio solamente,
Ya con intencion dañada,
Ya por oidas de alguno,
Ya por conseja fraguada;

Pero es cosa de admirar
Lo que en este punto pasa.
Se murmura, por egemplo,
De Juan de las verdes calzas:
Se le pone que ni nuevo
En apologia magna,
Y luego, si se presenta,
Al murmurador, le abraza
Y amigo, su buen amigo,
Con grande afecto le llama.
¡Que caridad tan insigne!
¡Que conducta tan humana!
¡Que modelo de conciençial
¡Que boca; pero que alma!
Otras veces cuando alguno
Nos ha vuelto las espaldas,
Despues de estar con nosotros
En conversacion; no es nada
El nublado de finezas,
Que sobre el triste descarga.
Este dice ¡vaya un *peinel*!
El otro ¡Jesus que *facha!*
Quien cuenta su vida toda
Desde la cuna tomada,
Quien refiere por menor
Su carrera, sus hazañas,
Y pincha, corta y divide,
Pica, magulla y desguasa
Sobre el pobre, sin tenerle
De compasion una miaja.
Que antes murmurasen mucho,
Cuando noticias faltaban,
Y cuando cada seis años
Buque venia de España,
Enorabuena; mas ora
Que se abrevian las distancias
Con el vapor, y noticias
Abundan cada semana;
Por él, y por nuestros barcos,
Por los de bandera estraña;
Ahora que hay ya casino,
Y periódicos; con agua

De soda para refresco,
Y lucido cosmorama,
No tiene perdon de Dios,
Cualquiera que murmurára,
De su prójimo, à quien debe
Caridad la mas cristiana.
Amen de que es un pecado
De aquellos graves de marca,
Que el labio murmurador
Con su peste misma mancha,
Y que el cielo no perdona.
No, Nicide, de mi alma,
A quien dirijo estas letras
Estos renglones ó carta
Deseándote salud,
Y que prudente y callada
No murmures, ni siquiera
De blondas, cintas y gazas,
De si viste bien la Clori,
De si baila mal fulana,
De si es presumida Flora,
O impertinente Juliana. 1847.

MARTIN PESCADOR.

Orillas del rio,
Y fijo en un ramo,
Con ojos de lince,
Su presa atisvando
Martin pescador,
De colores varios
El plumage hermoso
Lleva malizado:
El blanco, el azul,
El verde el rosado,
Con cuello pajizo,
Que salpica el pardo.
Aguzado el pico,
Y bastante largo,
Pequeña la cola,
El cuello delgado;

De volar rastrero;
Silencioso y cauto,
Apenas descubre
Un bichito, cuando
Al agua se arroja
Velóz, y gallardo
La presa en sus garras
Conduce, dó un ramo
Asilo le ofrece
De umbroso remanso.
Feliz centinela
Del rio, del lago,
Tan solo el *amor*
Le mueve al descanso.

1847.

DESENGAÑOS DE DORILA.

Solitaria una barquilla,
En una noche serena,
De la corriente del Pasig,
Las aguas corta ligera.
Su curso la luna alumbra,
Que en el cielo se recuesta
Sobre nubes que del nàcar,
El bello color remedan
Dando su luz á los bosques,
A los valles, y à la vega,
Do brisa consoladora
Sus leves alas desplega,
De suave fresco empapadas,
De gratos aromas llenas.
Silencio augusto reinaba
En las frondosas praderas,
Silencio, que interrumpieron,
El remar, y una vihuela,
Que en la barquilla sonando,
De sus bien templadas cuerdas
Daba al rio estos quejidos,
Estas sentidas querellas.

Donde están de mi dicha los días,
Coronados de gozo y de flores,
Y los bailes, las fiestas y amores,
De que un tiempo alhagada gozé?

¿Qué se hicieron las blondas y cintas,
Y los trages de seda bordados,
Los anillos, los ricos tocados,
Los perfumes y el lujo que usé?

Esta márgen me vió triunfadora,
De favor y de brillo cercada;
Hoy me mira infeliz entregada
Sin consuelo á mi acerbo penar.

Solo miro á mi lado pobreza,
Abandono, tristeza, horfandad:
Y desprecio del mundo que aflige
A quien viera del mundo gozar.

Como el humo, que en ondas volubles
A los cielos asciende y fenece,
Asi gloria mundana perece,
Desengaños dejando al pasar.

La belleza otro tiempo mi don,
Como rosa marchita pasóse;
Su luciente esplendor eclipsóse,
Sin que torne otra vez á brillar.

Ya los años anublan mi frente,
Que guirnalda florida adornaba,
Cuando jóven y bella radiaba,
Como aurora su carro al guiar.

Ya no ecsiste quien pida mi mano,
Y obsequioso me ofrezca himeneo:
A mi lado, asustándome, veo
De mi dicha la sombra vagar.

Al hallarme sin bienes y sola,
Mis amigos de mí se alejaron:
Su amistad y sus votos pasaron,
Como nube del Noto al soplar.

Imploré la clemencia de aquellos,
Que mi pompa triunfante adularon
Y la mano egoista cerraron

Al mirarme su amparo implorar.

Pero Dios que no falta á sus hijos,
De mi suerte mitiga la saña,
Y me guarda en la humilde cabaña,
Que este rio se place en bañar.

Su poder, su clemencia bendigo:
Su bondad inefable allí canto:
Por inciencio le ofresco mi llanto,
Cuando inclino mi frente en su altar.

Y mi alma al señor convertida,
Dulce paz indesible ya goza,
Bajo el techo de rústica choza,
En ameno y umbroso lugar.

De mi suerte tomad un ejemplo
Hermosura que el mundo acaricia,
Las que alhaga falaz su delicia,
Las que cerca ilusion teatral.

Y aprended que recato y modestia
Con pudor y virtud realzadas:
Son las prendas del hombre estimadas
Que os pondrán rico velo nupcial.

Que es la vida una brisa que pasa,
Con aromas de gratos olores;
Que es imágen de cándidas flores:
Y momentos del tiempo fugaz.

Asi dijo la voz solitaria;
En las aguas vibrando su acento;
Tristes ayes el plácido viento,
Confundió con su dulce sonar.

1847.

EL CANTO DEL MARINO.

Viento en popa
¡Que fortuna!
Galenito,
¡Que soplar!
¡Larga rizos:

Suelta lona,
Que cabrillea la mar!

Es mi dicha mi barquito,
Más ligero que un delfin;
¡Ay que hermoso bergantin!
Que fácil de manejar.

Cuando ruga la tormenta
Tornando la mar furiosa;
Mi barquito, prenda hermosa,
Podrá su furia burlar.

O veloz cual golondrina
Volará sobre las olas,
Y con ricas banderolas
Le verán en puerto entrar.

Cuando apacible la luna
El vasto mar ilumine,
Y en las velas se recline
La suave brisa al soplar;
Yo sentado en la toldilla
De mi barco, contemplando
El astro bello, iré dando
A la brisa este cantar:

Es mi barco
Mi fortuna,
Mi caudal
Y mi tesoro;
Pues me dá
Constante el oro,
Con que vivir y gozar.

¡Que elegante arboladura!
¡Ay que casco!
¡Que finura!
¡Que aparejo!
¡Que hermosura
La de mi buque en la mar!

Gocen otros los placeres,
Que la tierra grata ofrece:
A mi nada me parece
Mas grato que el navegar.

Miro puertos mil diversos:
Noto costumbres distintas:
Varias castas, varias pintas,
Varias lenguas para hablar.

Entro en todos: me divierto
Compro aquí, vendiendo allí:
Si algunas veces perdí,
Otras supe aprovechar.

Cual la tierra el mar salado
Tiene goces y pesares:
Yo he crecido sobre mares,
Y mi gusto es navegar.

Viento en popa,
¡Que fortuna!
Galenito,
¡Que soplar!
¡Larga rizos!
¡Suelta lona!
¡Que cabrillea la mar!

En el puerto mi querida
Ansia que llegue su amante:
Yo aunque de ella esté distante,
No la puedo, no, olvidar.

¡Viento á un largo!
¡Cambia, amura!
Porque de esta singladura
Al puerto vamos á dar.

Anda barquito,
Surca ligero,
Surca velero
Salado el mar. 1847.

EPITALAMICO

CON MOTIVO DEL FELIZ ENLACE DE S. M. LA REINA NTRA. SRA.
DOÑA ISABEL 2.^a Q. D. G. CON SU AUGUSTO PRIMO EL EXCMO. SR. INFANTE DON
FRANCISCO DE ASIS MARIA DE BORBON.

Del raudo tiempo el ala voladora,
En su tenáz porfia,
Los siglos devorando,
Alzó de Oriente la anhelada Aurora,
Que brilla, circundando
De paz y de alegría
El suspirado día,
En que de régia magestad cercada
Del séptimo Fernando,
Y de Cristina bella,
En el trono sentada
Se vé la primogénita querida,
Iris de gozo, y de esperanza estrella,
Hoy con luz de Himeneo esclarecida.

Tras la tormenta umbria,
Que á España bramadora fatigaba,
Y en la tiniebla fria
Hundirla amenazaba
De noche eterna, de pesares llena,
De horror y tiranía,
El sol de su ventura se aparece,
Y libre resplandece,
Aliento y nueva vida
Al comercio, á las artes claro dando.
¡Bella luz desprendida
Del alto firmamento,
Que rutilante brilla,
Para dicha y contento
De Isabel, de su trono y de Castilla!

Brillele siglos fúlgida y hermosa,
Lá rama esclarecida
Que el cetro ahora lleva

De vástagos cercándola, y pomposa
Crecer los mire de hermosura llenos,
Del trono en rededor,
Las ciencias cultivando
Queridos siempre, y buenos.
Honor y apoyo de la patria un dia,
De Mavorte en la escuela aleccionados,
Mirelos denodados
Blandir la lanza, que Leon blandia;
Acaudillar la hueste en la pelea,
Los que Córdoba cria
Bellisimos bridones
Rigiendo en los combates,
Cual fuertes, aguerridos infanzones.

El noble pueblo, que Isabel primera
Al mar lanzarse osado,
Con sus pendones viera,
Por senda no trillada
Nuevas tierras y gentes descubriendo,
Nuevos, grandes imperios sujetando
A su invencible espada,
En Africa, en América venciendo,
De Iberia los confines dilatando
Por cuanto alumbra el Sol;
Y en Europa domando
Del galo la altivez y del germano;
Al Bâtavo industrioso dando leyes,
Temido de cien reyes,
Ver logre poderoso la Segunda
Isabel de Castilla,
Nuevos lauros ciñendo,
Las mares sas escuadras recorriendo.

Y sus legiones vencedoras mire,
Como en Sagunto un dia,
Como en Numancia fuerte,
Tambien como en Pavia,
Las francesas columnas arrollando,
Banderas y monarca aprisionando,
¡Ay! O como en Zaragoza,
De horror y luto llena,

Terrible y valerosa
Los bravos de Austerlitz, Marengo y Jena,
Con fuerzas desiguales
Resistir, y lidiando
Ejemplos dar de insigne patriotismo,
De valor sin igual y de heroísmo.

¡Llegue, llegue esa aurora
De un pueblo generoso codiciada:
Y su luz bienhechora
El trono innunde, y la nacion entera!
Los opimos productos,
De su abundante suelo,
En mil y mil bageles,
La castellana industria alzando el vuelo,
Del Norte al Mediodia
Esporte laboriosa, y del ocaso
A los climas auríferos de Oriente,
Riquezas adquiriendo y nombradial
¡A tal ruego su sello ponga el cielo,
Que del vate latiendo el pecho mira
Otro lauro no pide, otro consuelo
De Tínerfe en su canto ebúrnea lira!

1847.

LA GALLINA.

De madre un ejemplo,
De amor un dechado,
Con tantos pollitos,
Gallina, en el campo.
Siempre cuidadosa,
Do quiera picando,
Los llamas y acuden
Todos á tu lado.
Ufana tú entonces
De tu buca hallazgo,
Te privas por ellos,
Contenta del grano,

Mas ¡ay! si la sombra
Viste por acaso
Del gabilan fiero,
Tu prole acechando,
Entonces ¡Que susto!
¡Que miedo! ¡Que espanto!
Que afan, y maternos
Que dulces cuidados!
Las plumas encrespas
Y cacaraqueando,
A tus pequeñuelos
Avisas el daño;
Los llamas, los instas,
Y á tus ruegos blandos
Corriendo se acojen
Bajo tu regazo.
Tus alas los cubren;
Con ellas tapados,
Las garras evitan
Del ladron taimado.
Si algun atrevido
Dirije sus pasos
A tus pequeñuelos,
Con dolosa mano,
Tú al punto furiosa,
Con espolonazos,
Le hieres y lidias
Para libertarlos.
Si llega la noche,
Con su negro manto,
Que el mundo cobija
De escollos sembrado
Tú, de tus pollitos
El sueño guardando,
Bajo de tus alas,
Con cariño tanto,
Modelo me ofreces
De madres que alabo,
Y algunas debieran
Tomar por dechado.

A LA NOCHE.

Descoge tu negro manto,
Que tachonan y hermocean,
Noche, madre de las sombras,
Miltares sin fin de estrellas.
Tras tu planta imperceptible
El grato sueño se acerca,
Con el silencio en los brazos,
Tendida la cabellera,
Que de ciprés y amapola,
Ciñe funeral diadema,
A tu vista de la industria
Y del comercio se aquieta
El bullicioso afanar
De sus útiles tareas
El arado vé del surco
Salir la cortante reja,
Y el labrador á su casa
Se encamina, do le espera,
En tosca mesa aliñada
Rústica, abundosa cena,
Que comparte con sus hijos,
De su casto amor las prendas,
Y con su esposa adorada,
Qué como él, con alma esenta
De roedores cuidados,
De la paz mas pura lleva
En su rostro las señales,
Que su bienestar demuestran.
De las colinas bajando
Lentamente el pastor echa
Al aprisco su ganado
En la amenísima vega.
Del bullicio mundanal
Ya los ecos escasean,
Y poco à poco se estinguen
A medida que la tierra
Cubre, noche apetecida,
El cendal de tus tinieblas,
Y se apagan como el ruido
De las olas, que en la arena

Mansa playa las fenece,
Cuando el mar su furia quiebra.
Si la calma en tí domina,
¡Ayl cuan sublime te ostentas.
El silencio de los bosques,
El que reina en las praderas,
El que adormece las auras,
El que ocupa la opulenta
Ciudad al sueño rendida,
Que la guardan centinelas,
El que al mar salado vuelve
Cristal inmovil, que enfrenan
Las costas, donde su furia
De aquilon las alas sueltan,
Tu magestad imponente
De mágico encanto cercan,
Mientras millares de globos
Luminosos la hermostean,
Que del Supremo hacedor
La mano sola sustenta,
Por los siglos de los siglos,
Dando concertadas vueltas
En órbitas, que el espacio
De los altos cielos pueblan.
Mas si de tí noche oscura;
Bramadora se apodera,
Sobre la tierra y los mares,
Desenfrenada tormenta:
Entonces tu aspecto cambia;
Tu callar augusto quiebra:
Parduscas nubes te empañan,
Que el huracan espolea;
Muge su voz en el valle;
Muge en la empinada sierra;
Muge en el bosque sombrío,
Donde añosos troncos quiebra;
Brama en hinchado torrente,
Que á la vega se despeña,
En su estrepitoso curso
Arrastrando cuanto encuentra:
Bufa y retumba en la mar,
Que sobre playas revuelca

Y contra escollos y rocas
Sañoso, indómito estrella.
Ruge en los aires, que inflama,
Y donde horrísono truena,
Donde el coruscante rayo
Lanza á la asustada tierra;
Pero si serena brillas,
Y aura suave te refresca,
Embalsamada de aromas,
Cuyos olores recrean,
Entonces, noche, no hay duda
Que apacible, al par que bella,
Convidas á contemplarte,
Cuando la luna se ostenta,
Sobre el bellón, que una nube
De nacar con oro y perla
Matizada le ha ofrecido,
Al asomar por la sierra,
De donde alzándose ufana,
El monte, el río, la vega
De su tibia luz inunda,
Que melancólica riela
Sobre el acallado mar,
Que arrulla brisa serena.
¡Cuanta gracia y embeleso!
Tu quietud, noche, rodean!
Como tu silencio plase,
Y como de Dios, demuestras
Del poder, las maravillas,
Y sabiduría inmensa!
Pero no todo es silencio
Porque en las aguas resuena
Del claro río la voz
Del pescador, que contempla
La luna, y en su barquilla
Entona dulces endechas:
Susurra en el bosque el aura
Que sobre las ojas tiembla,
Como un genio dolorido,
Como tortolilla bella
Que de su amante adorado
La muerte; infeliz! lamenta,

Y con quejumbroso arrullo
Su aserva pena demuestra.
Allá en el templo lejano
Cadenciosa voz resuena
Del sacerdote, que orando
Al cielo su canto eleva,
Entre las volubles ondas
Del humo grato, que engendra
Ardiendo incienso de Arabia
En copa de plata bella.
El bronce de una campana
Un sonido al aura entrega,
Sonido que el corazón
De los mortales despierta.
Sobre las cuerdas de un harpa
Gimen de amor las querellas,
Y el céfiro las recoge
Que con los cabellos juega
De la dolorida Nice,
A quien la noche serena
Dá un alivio á su dolor
Y su congoja sosiega.
Tan Diversas armonias
Tu curso, noche, hermocean,
Y de embeleso indecible
El alma del mortal llenan,
Que tu horror, ó tus encantos
Casi estasiado contempla,
Como el sabio, que estudioso
En sus vigiliás te observa.

1847.

DESCRIPCION

*hecha en Febrero de 1845 de la entrada de los rios
Magdapio y Bunbungan en la provincia de la Lagu-
na, por la espalda de Pagsanjan, cuyo pueblo bañan.*

Entre márgenes frondosas

De pintorescas colinas,
Sobre un fondo desigual
Mansamente se desliza

Magdapio, que al Bunbungan
Uniendo sus cristalinas,
Salubres aguas fecunda
De pagsanjan la campiña.

Rico manto de verdura
Engalana sus orillas,
Donde cañales umbrosos
Ativa la frente inclinan.

En arcos de verde pompa,
A las aguas, do se miran,
Y de su graciosa forma
Esbelta la imàgen fijan;

Mientras vistosos cocales
A trechos alzan sus cimas,
Que se mecen ondeando
Al soplo de mansa brisa

Ora el terreno se eleva,
Ora en quiebras, que dominan
Plantas de varias especies,
Su agreste forma suaviza.

¡O que paisages tan bellos!
Mi pluma en vano los pinta:
A tan magnífica escena
Villamil solo podria,

Con su màgico pincel.
Dar en el lienzo sus vivas
Lindas formas, su color,
Sus encantos, su armonía.

Aqui derechas aereas,
Remedando otra Palmira,
Con sus limpios troncos forman,
Ya columnatas, ya ruinas.

Alli cien enredaderas,
Con tierna constancia amiga,
De árbol en árbol trepando
El tronco y las copas ligan,

Y ya puentes de verdura
Nos ofrecen á la vista,
Ya grutas, donde las auras

Aprisionadas suspiran.

Hácia la márgen derecha
Desnudos troncos se miran,
Que sobre el bosque levantan
Arida la frente erguida.

Y no lejos se ven otros,
Que con perenal porfia
Han cubierto las lianas,
Asemejando muy lindas.

Obeliscos que el paisaje
Eternamente dominan,
Y su encanto inesplicable,
Con su magestad subliman.

Acá hermosos platanales:
Allà rústicas chocitas
Sobre un cerro despejado,
Por su posicion admiran.

Tuerce la márgen en sesgo
La direccion que la guia,
Y nueva escena se ofrece
De otras nuevas maravillas.

Descubre el rio su seno,
Y murmurando entre guijas,
Monarca de aquel contorno
Su plácido curso activa.

Dejando à un lado pardusca
La escalera y la casita,
Que de Bumbungan el chorro
Contra su monte cobijan.

Y à sus saludables aguas
Termales dan la salida
Por caños, que al hondo seno
Del otro rio caminan.

No en hierviente catarata,
Ni en cascada de alta cima,
Ni en torbellino violento
Magdapio se encamina.

Sino en murmurio sonoro,
Y cual magestad benigna,
Que con ojos satisfechos
Sus ricos estados mira.

Abrenle paso altos montes,

Con falda y cumbre vestidas
De vegetacion lujosa,
De follages peregrinas.
Cual arco de triunfo ufano,
En cuyas grietas anidan
Cuervos marinos, palomas,
Y vistosas tortolillas,
Que ora en los árboles posan
Bajo su sombra benigna,
Ora en círculos graciosos
En torno al pórtico giran,
Del que penden en festones,
Como guirnaldas caidas,
Convolvulos, que los vientos
Sobre la corriente agitan
Del rio que allí profundo
Entre los montes se abisma,
Alzando su voz sonora
A las encumbradas cimas,
Y mezclando sus acentos
Del bosque à las armonias
A los ecos de las auras,
Cuando en su espesura silvan.
Era avanzada la tarde:
Vínose la noche encima,
Y la luna tras los montes
Alzándose peregrina
De su tibia luz el cuadro,
Que he bosquejado, ilumina,
Dándole otra magestad,
Otras imponentes tintas.
Ora el verde se oscurece
De los árboles, y miran
Los ojos como fantasmas,
Sombra colosal erguida.
La enredadera que el tronco
De árbol robusta cobija
Y enmarañada le cubre
Hasta la elevada cima.
Ora la luz en las aguas
Retrata de las orillas,
Los cañales y los cocos,

Y las magnolias altivas.

Calma, quietud y silencio,
Toda la escena dominan;
Pero calma solamente
Por el ruido interrumpida

De la corriente sonora,
Cuya voz en las colinas
Retumba, llenando el bosque
De inesplicable armonía.

1847.

UN NIDO.

En una márgen del Pasig,
Por donde bella se ostenta,
Con su lujosa verdura,
Isla de Convalecencia,

Un vasto solar antiguo
Viejísimo muro cerca,
Cuyo cimiento ha minado
De la corriente la fuerza,

Y del tiempo à las injurias
Cediendo sus anchas piedras,
A las aguas inclinadas
Y desunidas se muestran,

Sin rendirse todavía,
Sin que el Pasig las envuelva
En su raudal fugitivo,
Que débilmente refrenan,

Ocultando su vejez,
Y las grietas, que le afean.
Rico manto de lozana,
Asidora enredadera,

Que el agua abate sus ramos,
Con azules flores bellas,
Semejando natural
Un muro de verde yedra

Sobre el cual sus abanicos
Altivas palmas desplegan,
Y otros árboles copudos
Su pompa lozana ostentan;

En una grieta del muro
Todo su tesoro encierra
Un pajarillo, una maya,
Que con aristas y yerba
Ha formado allí su nido,
Y sus hijuelos sustenta,
Con lo que el Cielo le brinda
En la abundosa rivera.

Allí no teme la lluvia,
Ni el rugir de la tormenta,
Ni del aquilon la saña,
Que altos árboles revuelca.

Del ardiente sol el rayo
En el nido no penetra,
Que de cortinas le sirven
Las mismas enredaderas,

Donde la aurora el rocío
Ve temblando como perlas,
Y mariposas lucidas
De su flor el nectar llevan,

Ni del travieso muchacho
La atrevida mano llega
Al nido, que dentro el muro,
Y sobre el agua se eleva.

¡Cuántas delicias allí!
¡Del amor cuanta ternura
Una cariñosa madre
A su pobre cria muestra!

¡En esa fragil morada
Cuanta ventura se encierra!
Las horas en ella pasan
Sin zozobras y sin penas,

Tan fugaces como el onda,
Que el raudal del río lleva.

Esa cuna, ese nido de aristas,
Que cobija en sus grietas un muro,
Es del ave el tesoro mas puro,
Que acaricia y esconde su amor.

De cortinas la pompa le sirve,
De las plantas, que allí se sostienen,

Y lozanas por siempre mantienen
Con su sombra templado frescor.

El susurro del aura benigna,
Y del río el sonar, que murmulla
Son el canto de gozo, que arrulla
Esa cuna entre eterno verdor.

De su aroma las flores la llenan,
Cuando el alba sonriendo aparece;
Y en las flores jugando se mece
Mariposa de vario color.

Pero ¡ay! que tal vez del milano
En la garra cruel algún día
Caerá de ese nido la cria,
Que hoy ampara materno calor.

O en las mallas de red escondida,
Y no lejos de aquella morada
Llegue á verse ¡infeliz! enredada
Por la astucia de algún cazador.

1847

EL LIRIO.

*Permitido á la Srta. Doña Josefa
Begidor.*

Sobre una tosca maceta,
Y por la brisa arrullada,
Alzóse ya engalanada
Esa lindísima flor.
Temblaba el rocío en ella,
Al trasponer de la aurora,
Y el rojo que la colora
Realza mas su primor.

Sobre nacarada nube
En el alto firmamento,
Seguia su movimiento
La luna consoladora.
La tórtola quejumbrosa
Daba al aire triste arrullo,
Y de la fuente el murmullo
Daba cadencia sonora.

Entre tanto solitario
Sus bellos broches abria
Ese lirio, y se mecia
De grata brisa al favor.
Y como un caliz de grana,
Que el sol de Oriente colora,
Los alhagos de la aurora
Fueron su prenda de amor.

Miralo en la primavera
De sus goces, de su vida,
Tan lozano que convida
Al recreo de su olor;
Pero, ay! que su existencia
Es fugaz, perecedera,
Y ni otra aurora si quiera
Animará su color.

El alba bella mañana,
Y su fresco rosicler
La mirarán parecer
Con desmayo funeral,
Y ya mústios sus colores,
Disipada su fragancia
Ni ostentará su arrogancia,
Ni su encanto divinal.

En vano la mariposa,
Que de su caliz sacaba
Dulce nectar, que libaba
Con gratísimo sabor;
Buscará mañana en ella,
Con su volar afanoso,

El sustento delicioso,
Que era pábulo á su ardor.

Asi pasa nuestra vida,
Como pasan lindas flores:
Asi tras goces, dolores
El tiempo en su curso dá
Y gime el alma rendida
Como flor, que desfallece:
Y el dolor solo las mece
Con la ilusion, que se vá.

Pero en tanto que lozana
Esa flor, Pepita, brilla,
Como luce en tu megilla
La rosa de tu carmin.
Dala á tu lindo cabello,
Y que corone tu frente,
Como el mas bello presente
De los que brinda un jardin.

1853.

LA PALOMA.

Bella palomita,
Color ceniciento,
Que de amor me dás
Admirable ejemplo,
¡Qué dulces arrullos!
¡Con qué galanteos,
A tu tierna amiga
Le brindas tus besos!
Amor en tu pico,
Amor en tu pecho,
Amor en tu arrullo,
Se mira bullendo
Despues de un alhago,
De ternura lleno,
Batiendo las alas,
Ofreces de nuevo

El pico á su pico,
El seno á su seno,
Y en torno girando
De su lindo cuerpo,
Arrastras la cola,
Mil mimos haciendo,
Arrullas, y llena
De eròtico fuego,
Pareces decirle,
Con lábio alhagueño.
Te amo, te adoro,
Mi vida, te quiero,
Mi pecho te brindo,
Mi nido te ofresco,
Dulcedumbre mia,
Mi bien, mi consuelo,
¡Ay! corazoncito,
Tesoro supremo,
¡Ay dame tu pico!
¡Ay dàmele luego!
Y de amor constante
Un lazo formemos!
Y luego graciosa
En airoso vuelo,
Te alejas y vuelves
A pasar no lejos
De aquella que tiene
Herido tu pecho,
Con dardo invisible,
Con punzante acero;
Pues amas y amando,
Sin duda los zelos
Turbarán, paloma,
Tu grato sociego.
Mas donde yo admiro
Tu querer inmenso,
Tus blandos alhagos,
Tu cariño tierno,
Es allá en el nido,
Dó tus pequeñuelos
Cojen de tu pico
Su diario sustento.

¡Ay qué cuidadosa!
Qué afán! ¡Con que esmero
Les cuidas y crias,
Siempre protegiendo
Su inválida infancia,
Siempre de tu seno
Dándoles abrigo,
Calor y contento!
Si Elisa leyere,
Paloma estos versos,
Sentirá latir
Amor en su pecho.
Y con un suspiro,
De amor mensajero,
Te dirá, Paloma,
Suspende tu vuelo:
De Elisa al regazo
Abátelo presto,
Y dile en arrullos
De amor los secretos.

1855.



Salve del ansiado día
Alba alegre, precursora,
Con cuya naciente luz
Vánse borrando las sombras
De la noche fugitiva,
Que á tu llegada trasmonta,
Ya replegado su manto,
Las cumbres, donde sus copas
Gigantes árboles mecen,
Que densa niebla contorna.
Aura leve te acompaña,
Embalsamada de aromas,
Fresca, suave y agradable,
Fecundante y bienhechora,
Que entre las plantas susurra
Y de sus hojas no borra

El rocío, que sobre ellas,
Como perla vaporosa,
Se desvanece á medida
Que la luz aliento cobra.

Y de rosas coronada
Sale risueña la aurora
Desde el undísono mar,
Que baña las deliciosas

Comarcas del rico Oriente,
Regiones encantadoras,
De los aires perfumados,
Do la arboleda pomposa

Con bella simpar verdura
Primavera eterna gozan
De su diamantino carro
Giran fugaces las horas.

Y en torno suyo revuela
De céfirillos la tropa.
Los altos montes se ostentan
Determinando sus formas:

Sus torrentes se perciben,
Acláranse bien sus lomas,
Y con la esplendente luz
Sierra y vega se coloran.

Abre al matutino ambiente
La flor sus brillantes hojas
Y de colores diversos
El campo entero se adorna.

Los seres del blando sueño,
Dejando la embargadora
Dulcedumbre, se despiertan
A la nueva luz, que asoma,

Y al blondo febo circunda
De rutilante aureola.
Bañan sus rayos la tierra;
Bañan las ceruleas ondas

Del mar, que la vé naciendo
Sobre peregrinas conchas.
Animase el orbe entero
Cuando de esplendentes olas

De esa luz vivificante
Le invnda plácida aurora

Todo es bullicio y contento
Del mundo, que le pregona
Madre fecunda del día
De tinieblas triunfadora.
Las pintadas avecillas
Himnos de gozo le entonan,
En sus tan variados cantos
De melodías sonoras.
El murmurar de las fuentes,
El del arroyo que goza
De márgenes encantadas
Que entre otros le aprisionan;
Bramidos de cataratas,
De mil ríos bullidora
Con peregrinas revueltas
Veloz corriente, que doma
Vence y destruye los diques,
Que á su raudal se le opongan.
Mágico ruido de bosques,
Cuando el viento voladoras
Sus alas agita en ellos
Como el genio de las sombras.
Los mugidos de las fieras,
La algazara bulliciosa
De los hombres en las villas,
Del marino la zaloma.
Que en el puerto á su vagel
Marea las pardas lonas;
Todo produce un conjunto
De armonía animadora,
Con que la tierra saluda
Al astro, que Dios le torna,
Para que le vivifique
Con su luz restauradora.
¡Salve mil veces preciosa
Centella de la que forma
De Jehová la diadema,
Fúlgida, ardiente corona!
¡Salud, alba, rosiclér,
Rosada, cálica aurora,
Sol, fanal del universo,
Himnos mi labio te entona!

Tu á la voz del criador
Rompiste la eterna sombra
Del caos, y en el espacio
Brilló tu luz bienhechora.

Y al remontarte al Zenit,
Con tan magestuosa pompa,
Rey flamígero cien pueblos
Adoracion ciega, loca,

Te tributaron y templos
Erigieron á tu gloria,
Magníficos, colosales,
En cuyas ruinas pregona,

El tiempo devorador
La finura de sus formas,
Tus emblemas, tu riqueza,
Y lo fugáz de las horas.

Torna, torna siempre el dia
Del tiempo porcion hermosa
Monarca de las estrellas,
Que tu ardiente cien coronan.

Torna el alba tan anciada,
De tus luces precursora,
Difundiendo la alegría
Cuando en el Oriente asoma.

Y de grana y de esmeralda,
Azul y perla tachona
Las nubes, que de tu luz
Naciente el rayo colora.

1855.

EL AMIGO

pidiendo al Poeta consejo para casarse.

Tentaciones de casarme
Me están dando y aqui vengo,
Poeta del alma mia,
A que me des un consejo.
Hállome ya en cierta edad,

Que de suyo pide, al menos,
Compañera, que me cuide,
Me dispense sus consuelos,
Tome interés por mis cosas,
Participe mis secretos
Y me haga el resto de vida.
Mas grato y mas llevadero,
Y no hay estado mejor,
Mas conveniente, yo creo,
A mis cuarenta, que el yugo
De Cupido y de Himeneo.

P. Asi es, pero pregunto,
Ante omnia, caro dueño,
¿Con qué oficio y beneficio
Metes á la empresa pecho?
Por que casarse *et in albis*,
Y con novia poco menos,
Es lo mismo que caer
En las penas del infierno.

A. Tengo fincas; pero pocas;
De sus rentas me mantengo,
Y si la novia que, busco,
Trae dote sano y bueno,
Habrá ya con que pasarlo;
¿Qué te parece? ¿Lo acierto?

P. Poco á poco, amigo mio;
Este es asunto de aquellos,
Que se apellidan morrudos,
De grande cuantia y peso.
Es preciso meditarlo,
Con sumo detenimiento,
Porque una vez abrazado,
Querido, *nula est redentio*.
Vamos primero á la novia,
Que la novia es lo primero,
Condicion, *sine qua non*
De tu empresa y de tu empeño.
Si es bonita, ya tendrás,
Que andarte cual Argos diestro,
Pues la belleza codician
Ojos los menos despiertos,
Contra los cuales virtud

Y fe conyugal el puesto
 Defienden, sino son flacas,
 Esas dotes que aqui asiento.
 Si fuere fea ¡Jesus!
 Y pobre que es otro pero,
 Dosis de conformidad
 En abundancia os deseo;
 No tanta, si con virtudes,
 Tapa la pobre lo feo.
 Si es sabida y letradilla,
 Huye de ella te aconsejo;
 Porque has de tener al lado
 Un protocolo de testos,
 Y á cada cosa disputas,
 Reyertas, leyes y pleito.
 Con glosas y comentarios,
 Mas que Lopez y el Digesto.
 Queriendo que su opinion
 Prevalezca sin remedio,
 Lo que origina disgustos,
 Que la paz del Himeneo
 Destierren de tus hogares,
 Y de tí mismo el sosiego;
 Pero si al saber uniere
 La prudencia, con aquello
 De modesta mansedumbre,
 A la letrada me atengo;
 Que si fuere tonta, chico,
 Pasa el asunto de prieto,
 Y es tener siempre á tu lado
 Un tontísimo tormento,
 Inaguantable, insufrible;
 ¡*Nequamquam*, querido Pedro
 Si es liviana, antojadiza,
 Ó desperdicia el dinero,
 Amiga de todas modas,
 De saraos y festejos,
 Mas vale no haber nacido,
 O morirte ya de miedo.
 ¡Pues no es nada si á las cartas
 Se aficiona, y en el juego
 Te dice, con dulcedumbre,

Que encuentra su pasatiempo!
Pobre de ti, de tu bolsa,
De tu honor y tu concepto.

1855.

EL GANARIO.

¡Ay! de que me sirven
Mimos y regalos,
Amor organillo,
Elisa, y tu canto?
¿De que tu ternura,
De que tus cuidados,
De que las caricias
De tu tierno labio?
Fáltame un tesoro,
Y le imploro envano,
Fáltame, mi bien,
El bien mas ansiado,
La dicha mejor
Del pobre canario:
Fáltame...si... Elisa,
Enjuga mi llanto
Y dame piadosa,
Con amiga mano,
Libertad, que anhelo
Y preso reclamo.

1855.

LA COLONDRINA.

Del aire amiga,
Que sin descanso
Tu dicha es
Vivir volando.
A qué te afanas,
Preciosa, tanto,
El aire hendiendo

Con giros varios?
¿No te fatigas,
Con vuelo raudó,
Ora del suelo
La faz rizando,
Ora encumbrada
El ether vago
Cruzando alegre,
Do fresco alhaga
Céfiro blando?
Mas ella muda,
Sigue gozando
De asiduo vuelo
Su vario encanto.
Y si sus alas
Libra al descanso
Es porque amor
La está llamando
De la alta torre
Al nido amado.

1855.

EL AMOR.

¿Quién los peces en la mar
Impele á dulce caricia?
Quién los mueve con delicia
Hacia un erótico ardor?
¿Es del agua el movimiento
Es el aura que la risa?
Una voz suena y me avisa
Que los inflama el amor.

Quien la hormiga pequeñuela
Induce á formar su nido,
Y las flechas de Cupido
Sentir también con dolor?
¿Es la codicia y afán
Con que guarda su alimento?

Por precaver todo evento
Del invierno en el rigor?

Es la ley, que mueve al pez
A reproducirse amando,
Es la llama, que inflamando
Los seres, produce amor.

¿Quién del ave mueve el vuelo
A que replegue las alas,
Y esconda el ave sus galas
Del grato nido al favor?
¿Es el miedo de caer
Víctima de la asechanza
De una flecha, de una lanza
O tiro de un cazador?

No es otra cosa que el fuego,
Que su pecho le devora,
Y que al rayar de la aurora
Le inspira cantos de amor.

¿Quién el cáliz de las flores
Abre al trémulo rocío,
Y con grato desvario
La llena de cierto ardor?
¿Es el manso cefirillo,
Que sus corolas enciende,
Cuando sus alas estiende
De una planta al rededor?

¡Ay que solo es el aliento
Del alma del vasto mundo
El puro gérmen fecundo,
Que todos llaman amor!

¿Quién del león generoso,
O de la hiena inclemente
Obliga á rugir el diente
Con lamento de dolor?
¿Es el hambre que le acosa,
O corroe las entrañas?

¿Será de otras alimañas
El carnívoro furor?

No porque es la aguda flecha
Que en su pecho se ha clavado
Del astuto niño alado,
Hijo de Venus amor.

¿Quién del hombre el noble pecho
Como un Oceano agita?
¿Porque retumba y palpita
Con infatigable ardor?
¿Quién le hace tan sensible?
¿Quién le abrumba de tristeza?
¿Quién ¡ay! le torna iracible
O le hunde en el dolor?

Una centella del fuego,
Que Dios envió del Cielo,
Ese talisman, su anhelo,
Espiritu animador.

Ese dardo, que le hiere,
Que produce sus quejidos,
Que domina sus sentidos
Como un poder creador.

Ese genio invisible, que al Orbe
En cadenas tan dulces enlaza;
Esa llama celeste que abraza,
Sin que brille sonante su ardor.

Ese germen fecundo de vida,
Que ternezas doquiera difunde;
Ese soplo divino, que infunde
En los seres su fuerza y vigor.

Sin el cual ¡infelices mortales!
Unos tristes autómatas fueran:
El misterio, que todos veneran
Y à quien todos le llaman amor.

Los jóvenes alumnos y todos los escolares de la Real y Pontificia Universidad de Manila, por medio del colegial D. Mariano Arrieta, al Excmo. Sr. **D. FRANCISCO DE PAULA ALCALÁ**, su benemérito y digno Vice-Patrono, ofrecen, dedican y consagran las siguientes líneas.

Cum tot sustineas et tanta negotia solus,
Res italas armis tuteris, moribus ornes
Legibus emendes; in publica commoda peccem,
Si longo sermone morer tua tempora, Cæsar.

Horat epist. 1.^a ad Augustum.

Cuando de tantos y tan graves cargos
Solo mantienes, Cesar, todo el peso;
Cuando el imperio con las armas guardas,
Le ornas con las costumbres y el ejemplo,
Y le reformas con juiciosas leyes;
Perjuicio al bien comun hacer recelo,
Si en los instantes, que à este bien consagras,
Yo con largos discursos te entretengo:

Burgos Traduccion.

No mancilla mi labio la lisonja;
A mi asunto responden bien los hechos,
Y de tu mano activa los afanes
En obras mil patentes vemos:
Esa frente, que apenas se reclina,
A gustar las delicias de almo sueño,
En vuestro cargo sin cesar medita,
Fecunda en ofreceros los proyectos,
Que en un mando tan vasto ya egeculas
Para dicha futura de estos pueblos.
Ella es de tus miras solo el Norte:
Ella anima y sostiene el noble empeño,
Con que á fin tan laudable tú diriges
Previsor tus mandatos y decretos,
Sin pompas, sin orgullo, antes afable,
A todos en sus cuitas vas oyendo,
Y en todo pones, con veloz afan,
Siempre que puedes, eficaz remedio.
En el despacho de negocios tantos,

Como abserven noche y dia vuestro tiempo,
Actividad, Señor, tan conocida
Será en Oriente familiar proverbio.
Calles, plazas, puentes y caminos,
O los mejoras, ó los creas nuevos;
De riquezas las fuentes indicando,
Las trabas, que la oprimen removiendo,
Al arado preparas y à la industria
Ventajas, que daràn vuelo al comercio.
Tu nombre à las edades mas remotas
Inmortal llegará de esplendor lleno,
En alas de la Fama, à cuya sombra
Justa nombradía habrán tus hechos.
Y porque nada à tus afanes falte,
En este asilo, del estudio templo,
Nos honra tu presencia bienhechora,
Atenta de Minerva à los obsequios.
Los hijos de Guzman aquí la antorcha
Del saber en su diestra sosteniendo,
A la juventud piadosos guian
Al saber con su voz y con su ejemplo.
Tu noble mano ha comenzado à darle
Amparo y proteccion, con tal desvelo
Que en sus anales Alcalá se mira
Tutelar de las letras almo genio.
Bello lauro, que à tus sienes guia
En protegerlas decidido empeño,
Sabedor de que son en un estado
Y su fuerza moral, y su ornamento.
Aquí fin à mi arenga yo daria,
Si bulléndome de gozo el pecho,
No sintiera mi labio ya vibrando
Este canto, Señor, en vuestro obsequio.

En su vuelo los siglos se apiñen,
De ventura tus dias colmando,
Que ventura Manila gozando
Nuevos himnos entona en tu honor.

Alma Paz y Abundancia coronen
De tu mando, cual hoy, los instantes,
Y en los siglos resuene distantes

De tu celo incansable el ardor.

Monumentos durables dejando
En Luzon á tu grata memoria,
De su dicha componga la Historia
A tu nombre el elogio mejor

1855.

**AL M. R. P. FR. ANTONIO CARRILLO,
PRESIDENTE DE S. JUAN DE LETRAN**

dedican en su natalicio, los alumnos de dicho colegio el siguiente canto,

COMPUESTO POR D. NICOLAS SAAVEDRA.

El raudó tiempo sus alas
Sobre este mundo batiendo,
Con su guadaña devora
Los humanos monumentos:

Nada á su curso se opone:
Nada detiene su vuelo:
Los siglos son sus ministros
De luto y ruinas sedientos.

A su fantasia el hombre
Obras alza de portento,
Y en su delirio las juzga
De un porvenir casi eterno;

Pero al girar de los años,
Acaso pocos vivieron:
¡El tiempo veloz pasó
Aniquilólas cruento!

Solo aquello que de Dios
A los ojos grato y bueno
Será siempre, es lo que dura;
Porque ha llevado su sello.

Aqui mismo, en este asilo,
Do Gerónimo Guerrero
A la Herfandad levantó
Amparo, castillo y templo,

Esa duracion se mira,
Esa caridad ardiendo,
Esa piedad, que no fina,
¡Letran, Señor, ecsistiendo!

¡Letran, que Manila admira;
Que dos siglos han cubierto,
Y algo mas de su alta egida,
Por especial privilegio!

Letran, que Carrillo guia
De virtud en el sendero;
Letran, cuyos hijos somos,
Con orgullo aunque modesto!

Letran nos mira, Señor,
En su recinto y silencio,
A su Presidente alzando
Este humilde monumento:

Este veráz testimonio
De nuestro filial respeto,
De nuestro amor y cariño
A nuestro padre y maestro.

Sus sienes nuestras guirnaldas
Coronen, con nuestro afecto,
Y el himno suene en su honor,
Que á Carrillo hemos compuesto.

HIMNO.

*Cantado por los colegiales, letra de D. Nicolás
Saavedra, y música de D. Biviano Morales.*

CORO.

Letranenses, del arpa las cuerdas

Nuestro gozo sonoras respiren,
Y de Apolo las hijas se miren
Nuestro canto en su lira ensayar.

1.^a PARTE.

La virtud de Carrillo cantemos,
El amor, que nos tiene, y su zelo
Por el bien de esta casa, que el Cielo
Se ha dignado propicio amparar.

Esta casa, do el huérfano encuentra
Un asilo en su acerbo quebranto:
Una mano piadosa, que el llanto
De sus ojos acude à enjugar.

CORO. Letranenses &c.

2.^a PARTE.

Cuan brillante se ostenta este dia,
Gratitud sus momentos marcando:
Sol de Junio nos mira cantando
En el patrio, dómínico hogar.

De los siglos el tiempo veloz,
La cadena invisible agitando,
Vuelva á vernos mil años loando
A Carrillo, á Guerrero sin par.

CORO. Letranenses &c.

1855.

AL PRESBITERO D. GRACILIANO AFONZO
DOCTORAL DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE CANARIAS,
FELICITANDOLE POR SU BELLISIMA, SUBLIME ODA AL
PICO DE TEIDE.

Salve cantor del Teide, que nevado
Alza al Empireo su orgullosa frente,

Rey de Atlante flamígero, y potente,
En tus versos divinos ponderado:
Al eco de tu acento embelesado
Mi númen bate el ala y diligente
Salva los mares del remoto Oriente,
Y el Eden busca de Orotava amado.
Allí vardo feliz tu frente mira
Del laurel de Hipocrene coronada:
Allí se estacia, oyendo de tu lira
La canción de Solina celebrada:
Allí de Graciliano el Genio admira
Con que ilustra á su patria afortunada.

1855.

AL ENCUMBRADO PICO DE TEIDE,

EN LA ISLA DE TENERIFE UNA DE LAS CANARIAS.

Dulce sueño embargador
Mis potencias dominaba,
En clara, esplendente noche
Que luna llena alumbrara.

Sobre peregrinas nubes,
Que de ópalo, nácar, grana,
Su bello disco contornan,
Su escelso trono engalanan.

Era del Pasy (1) en la orilla,
Donde la orgullosa caña
Entre tamarindos mece
Sus muy silvadoras ramas.

Donde ufano el cocotero
Sus abanicos levanta,
Del raudo viento juguete,
Con su fruta delicada:

Donde convólulos mil
Varjos árboles abrazan,
Para figurar con ellos

(1) Pasy, Rio de Luzon que besa los muros de Manila.

Verdes columnas vizarras:

Donde la tierra fecunda

De producir no se cansa,

Y una primavera eterna

Las campiñas engalanan:

Donde los lagos, los bosques,

Las llanuras, las motañas,

Los hondos valles, los rios,

Las pintorescas cascadas.

Gratas escenas ofrecen

En que el alma enagenada

Contempla del criador

Obras tan sublimes, mangnas.

En medio de estos paisages

De Luzon me contemplaba

Estaciado, y de repente

¡O peregrina mudanza.

Del embusterillo sueño!

Ante mis ojos se alza

Una colosal figura

Grandiosa, sublime, cana.

Que à las estrellas su frente

De eternas nieve levanta,

Y fuego, que muge esconde

En sus profundas entrañas:

De hermoso azul los contornos

De su mole me mostraba,

Sobre otras moles erguida

De magníficas montañas;

Donde los robustos pinos,

Los altos bresos, las hayas,

Y la modesta violeta,

Con otras plantas hermanan.

Sus primores, su verdura

Para adornar las sandalias

Del gigante, que domina

Sobre el grupo de *Canarias*.

Su luenga barba, que arroyos

Y torrentes mil enlazan:

Sus ojos, que sentellantes

Con sus miradas abrazan.

Y fuego arrojan del fuego,

Que cobija en sus entrañas;
La cabellera que ciñe
Su cúspide soberana.

Todo le daba un aspecto
Tan grandioso y faz tan rara,
Que de estremado pavor
Mi corazón inundaba;

Pero del susto repuesto
Y mirándole con calma,
En gozo trocóse el miedo,
Que la visión me causara.

Era la sombra del *Teide*,
Padre y Genio de mi patria;
Era el ponderado monte,
Noble orgullo de Nivaria:

Era el Pico, que á sus piés
Mira el Eden de Orotava
Con sus palmas, sus viñedos,
Sus vergeles, su agua mansa.

Sus naranjas y sus mirtos,
Sus dracœnas, sus manzanas,
Y sus nogales frondosos,
Y sus sabrosas castañas.

Sus cerezos y sus guindas,
Sus perales y sus cañas,
Sus duraznos deliciosos
Y sus hortalizas varias.

Era del antiguo *Echeide*,
Cual los guanches le llamaban,
La magestuosa figura,
Que ante mis ojos alzara:

Figura del Rey de Atlante,
Y de Atlántida monarca
Que en un fatal cataclismo,
Cuando furioso bramaba,

Hundiéndola para siempre,
Con torbellinos de lava,
Y de betun y de fuego
Al orbe mostró su saña.

Mostró entonces su poder,
Su valor y su pujanza,
Como un día en Garachico,

Que yace muerto á sus plantas.

¡Salve Señor de Tinerfe,
Faro inmortal, que señalas
Al navegante las islas
¡Ay! no envano afortunadas!

¡Salve mil veces Señor
Que á la heróica nacion guancha
Por nobles hijos contaste,
Que culto y honor te daban!

Tu los vistes defender,
Con inmortales hazañas
De su valor, ese suelo,
Donde tu mole levantas;

El Guanerteme Bencomo
Desde su tumba te llama,
Y con sollozos te muestra
De Acentejos las barrancas.

Y Tinguaro y Tenesor,
Y otros menseyes de fama
Te recuerdan tus servicios
En defensa de su patria.

Y si Lugo y los Llarenas,
Los Saavedras, los Perazas,
Y los Cabrera con otros
Varones de alcurnia clara,

En tus estados midieron
Sus invencibles espadas;
Setenta años y algo mas
De fatigas y batalla.

Muy sangrienta les costó
Vencer á la gente guancha,
Cuya fuerza prodigiosa,
Cuya agilidad tan rara,

Cuyos nobles procederés
La historia verás trasladada
A las edades futuras,
Para elogio de esa raza.

Cuyo origen es misterio,
Que los mas sabios no alcanzan,
Y cuyos hechos publican
Su bondad hospitalaria.

Teide, si: tus hijos fueron,

Y de sus proezas varias
Tu la memoria conservas
Como joya rica y rara.

Poro tambien te envaneces
De la nueva prole clara,
Que viò la luz en tu suelo
Y que ha besado tu planta.

Los Abreus y los Viana,
Los Iriartes de Orotava,
Los Clavijos, los Albertos,
Los Arroyos, los que aclama

El clarin, en nuestros dias,
De la vocinglera fama,
Noble vate grasiliano,
Estrella de Arautápala.

Los Aguilar, los Carróz,
Los Moras, cuya alabanza
Es tributo merecido

Que la adulacion no mancha,

Los Cólogan ya finados
Los Gusmanes de tus faldas,
Los Alayon y otros muchos,
Que ya nos robó la Parca.

Los morales, Monteverde, (1)

Los Villanuevas ó Nava,
Los Chirinos, los Castillo,
Y otros, que ahora no alcanza

A referir mi memoria
En esa falange magna
De los Canarios ingenios
En las letras y las armas.

En tan dulce coloquio embebido
De la Patria las glorias nombando,
Por la Patria ¡infeliz! sollozando
Dile al Teide este triste cantar.

¡O montaña, que al cielo levantas,
Con orgullo, nevada la frente,
Ya tu sombra no asusta mi mente:
Ya me plugo tu faz diseñar.

(1) D. Francisco Tomás Morales y D. Manuel Monteverde.

Donde el trueno rimbomba y zumbando
Lanza el rayo á la tierra asustada,
Tu la sien de alma luz coronada,
Ves el trueno á tus pies retumbar.

Y del Africa estéril dominas
La alta cima del Atlas cubierto;
Tu desde ese elevado alto puerto
Ves los siglos veloces girar.

Y en su curso arrastradas hundirse
Cien y cien opulentas naciones:
De tus bardos las dulces canciones
Tu grandeza sabrán ponderar.

Pobre vate yo pulso la lira,
Tu poder y tu gloria cantando
Deme el cielo, los años tornando,
En tus faldas ¡O Teide! espirar.

1855.

RECUERDO

A LA CIUDAD DE LA LAGUNA MI PATRIA.

¡Ay Laguna, patria amada,
De San Cristóbal Ciudad,
En sitio ameno asentada,
Y con timbres de lealtad
Distinguida y ensalsada!

En tí mi cuna meció
Sin igual dulce cariño
De la madre, que me dió
Con la leche, siendo niño,
Amor, que le torno yo.

Yo recuerdo todavía

Tu posición ventajosa,
Y el camino, que á tí guía,
En tu vega deliciosa,
Laguna del alma mía.

De San Roque la montaña,
Por cuya falda un torrente
Corre en invierno con zaña;
Levanta su voz mugiente
Y atruena aquella campaña.

De la vega los jardines
Me parece estar mirando,
Y por aquellos confines
Lindas zagalas triscando
Con rostros de cerafines.

Y me parece que siento
Susurrar entre las flores
Del aura leve el aliento,
Cuando mayo en sus ardores,
Te las dá por ornamento.

Y que oigo el murmurar
Del cristalino arroyuelo
Por los prados al pasar,
Fertilizando ese suelo
De grato clima sin pár,

O que en las Mercedes miro,
Debajo de un bosque umbroso,
De un torrente el cezgo giro,
Con que corre presuroso
Al pueblo, por quien suspiro.

Allí sus copas al Cielo
Alzan los bresos frondosos,
Y los helechos el suelo
Entapisan numerosos,
Como una alfombra modelo.

Allí la torcaz paloma

Sobre los laureles cria,
Y cuando la Aurora asoma
De su arrullo la armonía
Un mágico echizo toma.

Allí forma el ruiseñor
De aristas leves su nido,
Y como un himno de amor
Dan los ecos repetido
Su trinar embargador,

Y la tórtola arrullando,
Con lastimoso quejido,
De rama en rama volando,
Busca su amor, que en el nido
La está leal aguardando.

En vano del Sol el rayo
Colora aquella espesura;
Porque apenas desoslayo
Penetra allí su luz pura,
Con los aromas de Mayo.

San Diego del monte miro,
Con alto muro cercado,
Y las bellezas admiro,
Que contiene aquel callado,
Soledad por quien suspiro.

En las hojas de la encina
Sus encantos Graciliano,
Con su peñola divina
Nos trazó, y con diestra mano
En su canción peregrina.

Los bosques, los matorrales,
Mirlos, canarios, jilgueros,
Que en los bresos y cañales
Cantan allí placenteros,
O vuelan por los frutales,

Cuando Febo refulgente

Anuncia radiante el día.
Todo embelesa y se siente
Como embarga el armonía,
Como recrea el ambiente.

¡Cuanto aquel lugar convida
A graves meditaciones!
De la lira conmovida
A las lúgubres canciones
De las penas de la vida.

Yo recuerdo todavía
De su entrada los cipreces,
Que inspiran melancolía.
¡Con mi padre, cuantas veces
Su áspero fruto cogía!

¡Quién sabe si mano airada,
O si el huracán violento
Ha reducido à la nada
Aquel bosque, aquel convento,
Aquella amena morada!

La fuente de Cañizales
Recuerda mi mente ahora,
Sus escalas, sus umbrales,
Su agua pura bienhechora
Su arrayan y sus cañales.

En medio de aquea escena,
Que à la Laguna rodea,
En su fértil vega amena,
Acia lo lejos campea
Un monte, que me enagena.

Sobre montañas hermosas,
que se ven en lontananza,
Con faldas ricas umbrosas,
Por do llaman la Esperanza,
Con quebradas deliciosas,

Alzase de gracia lleno,

Con la bella faz nevada,
Gigante Teide, que el trueno
Ve rodar y la cascada,
Que no empaña su albo seno.

El dominador de Atlánte,
Que á sus pies soberbio brama,
Y en espuma centellante
Ceruleas ondas derrama
Por la playa resonante.

El Monarca poderoso
De siete bellos estados,
Que el torbellino espantoso
De fuego por sus costados
Lanzó un dia pavoroso.

Rey, que eleva magestuoso
A lar estrellas su frente,
Y que viera al belicoso
Guanche de estatura ingente
Adorándole humildoso.

Otros montes mi memoria,
Otros sitios nunca olvida,
Y que tienen en la historia
Grande fama merecida
Por altos hechos de gloria.

Ni los álamos añosos
Del tanque grande yo olvido,
Ni los palacios costosos
De Grimon, noble, instruido,
Marqués de los estudiosos.

De sabios ilustre cuna,
Como de vates divinos,
Tu conservas, Gran Laguna,
Sus cantares peregrinos,
Alhajas de tu fortuna.

Deme la suerte algun dia

El caudal, que yo codicio,
Para darte, patria mia,
Siéndome el Cielo propicio,
La mano, que esto escribía.

1855.

A UN NIÑO DORMIDO

A LA ORILLA DE UN TORRENTE, Y ENTRE FLORES,
SEGUN LO REPRESENTA LA VIÑETA DEL ALBUM DE LA SRITA. D.^a N. . .
para la cual se pidieron al que suscribe los siguientes versos.

¡Que precioso! ¡Cuan dormido!
Duerme: si: tranquilo sueño:
Duerme, precioso y querido,
Que te acaricia alhagüeño
Céfiro consolador.

¡Dichoso tu, que sin penas
Pasas ahora la vida,
En las márgenes amenas
De ese sitio, que convida
A los coloquios de amor!

Como cándida azucena,
Que en el remanso se ostenta,
Y elevándose serena
A las abejas presenta
Su dulcísimo licor;

Tu que eres flor de la vida,
Cándido niño inocente,
Entre esas flores erguida,
Te duermes de la corriente
Con el ruido arrullador.

Tu corazón virginal

No ha rasgado todavía
De los celos el puñal,
Ni en tus labios sonreía
Sino el beso alhagador.

El fuego de las pasiones
Tu corazón no devora,
Ni las vanas ilusiones
De la pompa encantadora
De este mundo engañosor

Embargan tu fantasía.
¡Dichoso tu que dormido,
Donde tanta flor se cria,
Ignoras que eres nacido
Para la angustia y dolor!

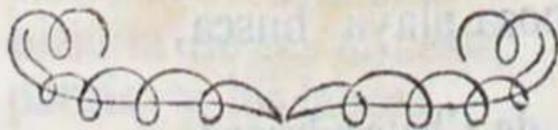
La madre, que te acaricia
Con cariño vehemente;
Por que eres tu su delicia,
Que te saque diligente
De ese sitio encantador;

Porque puedes ¡desdichado!
Caer al agua dormido,
Y ser pronto arrebatado,
Y en las olas confundido
Del torrente bramador.

Llegue mi acento á su oído:
Bibre por ella mi lira,
Y palpíte conmovido
Su pecho, que no respira
Sino á impulsos del amor.

1855.

NOTA. Estos versos se compusieron improvisados en el acto de pedirse para el album de que se ha hecho mérito.



ABEN-HAMET

ó

EL ULTIMO ABENCERRAGE. (1)

De Boabdil descendiente
Un noble moro arrogante,
Por el nombre conocido
Del último Abencerrage,
Desde la palma de Tunez,
Donde las olas combaten
Las antiquísimas ruinas
De Cartago memorable,
Fijos los lánguidos ojos
En los agitados mares,
Anhelando ver las costas,
Donde felices sus padres
De sus victorias dejaron
Monumentos á millares,
El moro bello proyecta
A Granada trasladarse,
Pues pequeuelo en la cuna,
Segun le contó su madre,
Con ternezas le mecian
De granadinos romances.
Ver la Alhambra prodigiosa,
Y del Jenil los raudales,
Con otros sitios testigos
De las justas y combates
Para quienes las huries,
A caballeros galanes,
Con linda mano bordaron,
Marlotas y capellares,
Era toda su ambicion,
Y ya, el pecho palpitante
La arenosa playa busca,

(1) Sacado de una novela de Chateaubriand.

Y un bagel para su embarque.
Hallado, y dando la vela,
Con un viento favorable,
Llega pronto á la llamada
Cartagena de Levante.
Por entre Murcia atraviesa
Palmeras y matorrales,
Palmeras, cuya vejez
Anuncia al Abencerrage
Que acaso plantadas fueron
Por la mano de sus padres:
Una torre sarracena
Ora á su encuentro le sale,
Ora musulmicas ruinas,
Alcázar de otras edades;
Cada objeto es un recuerdo,
Que de pena el alma parte
Al pobre moro y le arranca
Lágrimas con tristes ayes;
Pero mas debe sufrir,
Y su noble pecho late,
Con un afan indecible,
A Granada al acercarse.
Al pié de nevada sierra
Sobre colinas, que un valle
Amenísimo divide,
Y fecundan los raudales
Del Dauro y Jenil dichosos,
La ciudad sus alminares
Alza y sus torres soberbias
Entre un bosque de frutales.
Su vista al moro conmueve,
Que sin pasar adelante,
Cruza los brazos y mira
A la corte de sus padres.
Con respetuoso silencio,
Inclinando su turbante
¡Que tropel de pensamientos
Al pobre moro combatel
La historia de sus abuelos,
Su paraiso y los lances
Diversos de amor, que en el

Tuvieron Abencerrages;
 La gloria de sus guerreros,
 Sus amorosos cantares,
 Los jardines y las fuentes
 Y los bosques de arrayanes,
 Los cipreses y las palmas,
 Las moreras, los rosales,
 Las flores del Albayzin,
 Que embalsamaban el aire,
 Exhalando sus aromas
 Tan delicadas y suaves;
 Las sultanas y odaliscas,
 Que con elegantes trages
 Eran genios de belleza
 En tan hermosos lugares,
 Hoy dominio de españoles,
 Sus conquistadores graves;
 Reveses de la fortuna,
 Para el moro ¡que contraste!
 Diciendo *asi estaba escrito*,
 Apresurando su viage,
 Llega á la puerta de Elvira,
 Y logra por ella el pase;
 Pero sosegar no puede,
 Y vagando por las calles,
 Busca de Granada mora
 Las reliquias y señales.
 Para mayor desventura,
 Entre palacios que abate
 La garra voraz del tiempo,
 Una voz resuena suave.
 Vuelve la vista y encuentra
 Una española, ó un angel,
 El genio de los encantos,
 En encantados parages.
 Blanca de Bivar la bella
 Quiere del abencerrage
 Ser el guia y conducirle,
 Antes que llegue á estraviarse.
 Ya no es Granada tan solo
 La causa de sus afanes;
 Los ojos de la española,

Su gentileza, y su talle,
La dulzura de su acento,
Su afabilidad, su trage,
Han dejado impresion
En el moro inexplicable.
El conoce de su tierra
Las plantas medicinales;
Pero está herido, è ignora
Que planta podrá curarle.
Esta andaluza preciosa,
O su ventura ó sus males,
Acrecienta al sarraceno,
A quien de Granada en valde
Distraen los monumentos
Morunos ó nacionales:
Corre el amor por sus venas,
Y la rosa de Bivares
Ama al hijo del desierto,
Sin descubrir que le ame.
Traba con él relaciones,
Y à D. Rodrigo su padre
Lo presenta, que le acoge
Con afectuosos modales.
En visitas y paseos,
Fiestas, convites y bailes
Las horas pasan serenas,
Y para el moro fugaces.
El amor ya le consume,
Y no es fácil ocultarle.
La Alhambra va a ser testigo
De este peregrino lance.
Aben-Hamet contemplaba
De sus abuelos la sangre
Sobre el marmol de una fuente,
Donde los Abencerrages
Tendieron el noble cuello
A los musulmicos sables,
Y doblando la rodilla
Besó la mancha, que yace
Como una rara inscripcion
Desafiando las edades.
Levantóse conmovido,

Y tornando su semblante
A Blanca, dijo, «yo juro
•Por aquesta noble sangre
«Amarte con la vehemencia,
•Y lealtad inalterable,
«Con que amaban generosos
«Los moros Abencerrages.»
Blanca responde ¿Tu me amas?
Piensa en la fè de tus padres:
Eres moro y yo española
Mi religion..... tu lo sabes,
Impide que tuya sea,
Y que mi mano se enlace
Con la mano de un infiel,
Que aborrece los Altares
Del Dios que adoro ¿Mas quien
Ha podido ora dictarte
Ese language, ó decirte
Que blanca Bivar te ame?
Consternado Aben-Hamet
Le contestó muy afable
«Tu esclavo soy bella Huri,
«Acepta Blanca el turbante:
«Seré tu esposo feliz.»
Y ella dijo, «Abencerrage,
«Si recibes el bautismo
«Nadie podrá separarme
«De tus brazos y tu amor.
«Seré tu esposa.» No cabe
En la esplicacion el cuadro,
Que forman los dos amantes,
Declarando el uno al otro
El amor que en ambos arde,
Y lo resueltos que estan
De su ley á no alejarse.
Aben-Hamet va á partir
Para el desierto. Su madre
Le ha escrito que quiere verlo
Y antes que muera estrecharle
En sus brazos, con ternura,
A sus últimos instantes.
«Blanca, yo parto le dijo:

«El motivo ya lo sabes:
«Volverás á verme fiel,
«Tan amoroso y constante.»
Ella llorosa responde
«El Cielo santo te guarde,
«Vuelve al desierto: no temas
«Que á tu fé Blanca te falte.»
A Málaga dirigióse,
Y en pocos dias su pase
Al Africa verifica
El brillante Abencerrage.
Blanca se marcha tambien,
Y en las montañas, que bate
El mar de Calpe, las olas
Mira gustosa encrespase,
Y observa todos los dias
Si algun bagel de elegante
Latina vela se acerca,
Que del bello Abencerrage
Nuevas le traiga, y consuele
En su ausencia y sus pesares.
Ve colmado su deseo,
De verano en una tarde,
Pues un bagel berberisco
Condujo á su fino amante,
Que en su patria ya no halló
Si no la loza, do yacen
Cubiertas bajo una palma,
Las cenizas de su madre.
Como presente muy digno
Un cervatillo le trae
Del desierto á Blanca, y lleva
En su collar elegante
El nombre de esta preciosa
Estrella de los Bivares.
El moro tambien conduce
Un bridon, cuyo linage
En Arabia fama tiene
Por sus bellas cualidades;
De aguda oreja pequeña,
De negros ojos vivaces,
De hirsuta abundosa crin,

Que al viento graciosa esparce,
 De limpias cañas veloces,
 Cuello breve con donaire,
 Ancho pecho, do cobija
 Un corazon noble y grande,
 Anca redonda, y la cola
 En ondas de cerda bate
 Contra el vientre no caido,
 Y los esbeltos hijares:
 Como un tigre de la Lybia
 Mosquean su fiel ovales
 Pardas manchas sobre un fondo
 De cenicientos esmaltes:
 Al pisar tierra relincha
 Y de sus narices salen
 Dos columnas de humo espeso,
 De sus ímpetus señales.
 Busca á Blanca Aben-Hamet
 Y su labio al saludarle
 Vió en el gozo del encuentro
 Imposible inesplicable;
 Pero sus árabes ojos,
 Con silencioso language,
 De pronto á entender le dieron
 Cuanto queria esplicarle:
 El cervatillo á los pies
 Deponiendo de su amante,
 «Es como tu tan ligero
 «Le dice el Abencerrage.
 Blanca afable le acaricia,
 El su blanca mano lame;
 Ella en el collar observa
 Un talisman y una frase.
 La traduce y se sonríe:
 El amor de gozo late,
 Y para Granada al punto
 Ambos disponen su viage.
 Doña Blanca en ella encuentra
 A su hermano, el arrogante,
 El religioso y valiente
 D. Carlos, que en los combates
 De la Italia y nuevo mundo

Ha derramado su sangre,
Y no tarda en imponerse
Que el ilustre Abencerrage
Con la bella hermana intenta,
En breve tiempo, su enlace.
Con este motivo un día
Dello al moro le dá parte,
Diciendole «Aben-Hamet
«Dígnate pues escucharme.
«A Blanca renuncia hoy mismo,
«O acepta, moro el combate.
«Yo caballero no soy
Supo el infiel replicarle,
«Y no sé quien pueda aquí,
«Noble D. Carlos, armarme.»
Con furor y admiración
Paróse este á contemplarle,
Y luego le dijo «ven
Yo mismo. Yo voy á armarte.»
Dobló el moro la rodilla,
Y sobre su espalda bate
D. Carlos el fino acero
De su espada memorable,
Y ciñéndole la suya,
Bello, damasquino alfange,
En sus gallardos bridones
A medir sus fuerzas salen.
La antigua frente del pino
Es testigo de este lance,
Como lo fué del famoso
En que Malique un combate
Contra porce de Leon
Sostuvo entre polvo y sangre,
Como también de la muerte,
Que dió á Abayados, el grande
Maestre de Calatrava,
De esclarecido linage.
Tomán denodados tierra
Y cual águilas fugaces
Aben-Hamet y D. Carlos
Al choque tremendo parten.
Cruje acero contra acero,

Y el moro con su cortante
Estrivo manca el caballo
De su adversario, que cae
Sobre la menuda arena,
Y con la espada en el aire
Hacia Aben-Hamet furioso
Se dirige: este le sale,
Desmontándose al encuentro,
Con el musulman alfange,
Contra el cual se rompe aquella
De una estocada en el pase.
De rabia D. Carlos llora,
Y al moro le grita «Dame,
«Dame la muerte que yó
«Desarmado, á tu linage
«Te desafio y á ti
«Raza de infieles cobarde.»
«Solo pretendi, responde,
«Muy serio el Abencerrage
«Probarte que soy bien digno
«De D.^a Blanca y tu sangre.»
En esto sobre dos jacas,
Mas veloces que un celage,
Llegan á ver lo que pasa
De Granada á todo escape
Doña Blanca con Lautréc,
De Gaston de Foix linage,
Que con su hemano tenia
Amistad antigua y grande.
«Soy vencido dijo aquel,
«Lautréc, si gustas, combate:»
Este empero respondió,
Muy cortesano y afable
«Mis heridas me lo impiden,
«Tú D. Carlos bien lo sabes.»
Haya paz: haya armonia
Y estimacion, pues que cabe,
En tan nobles caballeros,
Ahora reconciliarse.
Asi Doña Blanca dijo,
Procurando hiciesen paces;
Pero D. Carlos responde

«Odio á aqueste Abencerrage,»
«Y yo le envidio» repuso
Noble Lautrec al instante.
«Yo os estimo» añadió el moro,
Y tú flor de los Bivares
Llora eternamente, llora
Al último Abencerrage.
¿Eres tú gritó D. Carlos?
¿Tienes de ello las señales?
El moro, yo soy, responde
Y el anillo de sus padres
En una régia cadena
De oro le muestra al instante.
¡Que silencio! ¡Que inquietud!
Asombro les pasma grande;
Pero Blanca temblorosa,
Y con rubor, que dá esmalte
A sus hermosas mejillas,
«Renuncia, dijo, al turbante,
«Renuncia á tu ley, seré
«La esposa de Abencerrage.»
¡Viva el profeta, preciosa,
Tu esclavo fiel, ó tu amante
Podré ser; pero mi ley....
Alá de faltar me guarde!
Sed musulmana y entonces....
Blanca pronto á desmayarse
«Vuelve al desierto,» responde;
El moro se inclina y parte,
Haciendo á todos cortés
Reverencia fina, y grave,
A la Alhambra se encamina;
Porque quiere no ausentarse,
Sin dar un á Dios eterno
A tan queridos lugares.
Entra en ellos cabisbajo,
Lleno de llanto el semblante,
Y sobre el blanco alabastro
De una fuente, donde el arte
Imprimió sus maravillas,
Corre afligido á sentarse.
Alza los ojos, repasa

La historia de aquel parage
Y dando ensanche á su pena,
Prorrumpió en estos cantares.

¿Eres tu, mi granada querida,
De mis padres la tierra dichosa,
Cuya vega feráz y preciosa
Les miró denodados lidiar?

¿Eres tu, la Ciudad peregrina,
Que corona nevada alta sierra?
Eres tu de placeres la tierra,
Que aun el moro codicia gozar?

¡Ay Alhambra, palacio divino,
De los genios de amor bello encanto!
¿Puede un moro regar con su llanto
Este mármol, que teme pisar?

¿Puedo yo del desierto y proscripto,
De mis reyes las huellas buscando,
Tus esbeltas columnas contando,
En tus fuentes sentarme á llorar?

En recuerdos mi mente perdida,
Por tus ruinas y salas vagando,
Me figura mil sombras cruzando,
Al oirme este canto entonar.

Yo las miro, y recelo ya en ellas
El trasunto de ilustres varones,
De musulímica raza infanzones,
Gloria un dia de aqueste lugar.

Yo descubro la tribu enemiga,
Que sembró la discordia en Granada:
Yo la miro zañuda, enconada,
Esta vega de sangre inundar.

De Castilla las huestes columbro,
El terror y la muerte sembrando
En el campo agareno, logrando
De las lunas temibles triunfar.

¿Es aquella la puerta por donde
Boabdil con el pecho oprimido
De amargura, confuso y vencido
Fué al desierto su reino á llerar?

¿No son estos los bellos jardines,
Cuyo aroma fragante embalsama
Ese ambiente tan suave, que llama
Y entre flores convida á morar?

Otras flores en ellos se vieron
De este Edén el encanto y delicia;
De esta Alhambra el orgullo y codicia,
Que yo en vano me esfuerzo á buscar.

¡De las flores Sultana gentil,
De Granada la perla mas bella,
De Bivar el Tesoro y la Estrella,
Por remedio á mi acerbo penar!

Insensato y que necio delirio,
Bella Blanca, conturba mi pecho
Al desierto y en lloro desecho
¿Debe el moro infelice tornar?

Que ya no hay en Granada turbantes:
Ya no brillan aquí los aceros
De Damasco, que ilustres guerreros
En las lides supieron honrar.

Ni divisas de nobles Gomeles,
Ni de Arabia fogosos bridones:
Ni en la vega se miran pendones
Del creciente orgulloso ondear:

Ni las fiestas y Zambras, que un dia
Estas salas desiertas llenaron,
Ni los Vates, que en ellas lograron
Dulces himnos de amor entonar.

Y dejando aquellos sitios,
Donde otro tiempo sus padres
De gloria, amor, y fortuna
Dias gozaron tan grandes,
Para Málaga partióse,
En un bagel, que á su pase,
Por Berbería, en Oran
Da fondo para soltarle.
A la salida de Tunez,
Entre ruinas y arenales,
Que son de Cartago escombros,

Debajo una palma yace
Una loza sin labores
De talisman, ni turbante,
Sino un letrero que dice
«El último Abencerrage»
Tal es el fin de su historia.
El conservar sin mancharse
Del Alcoran los preceptos
Fué el obstáculo á su enlace.
Llevó al sepulcro su error,
Que si llega á cristianarse,
Con aquella union hubiese
Sido feliz y muy grande.
Blanca estuvo á perecer
De una dolencia bien grave;
Mas cobrada la salud,
Y muerto su anciano padre,
En los montes Malagueños
Gustaba de recrearse,
Sobre las rocas sentada,
Que bañan tirrenos mares;
Ningun barco de los muchos,
Que descubria le trae
Noticias de Aben-Hamet,
Su fino querido amante,
Y á Granada se volvia,
Divirtiendo sus pesares,
Como viuda tortolilla,
En los bellos arrayanes,
En las fuentes y jardines
De la Alhambra memorable,
Hasta que puso la muerte
Fin á su amor, y sus males,
Llevando fiel á la tumba
La religion de sus padres,
Superior á su pasion
Por el bello Abencerrage.
Lautrec para Francia fuese.
D. Càrlos en un combate
Perdió lidiando la vida,
Sin dejar en los Bivares
Herederó, que á otros siglos
Su posteridad legase. 1855.